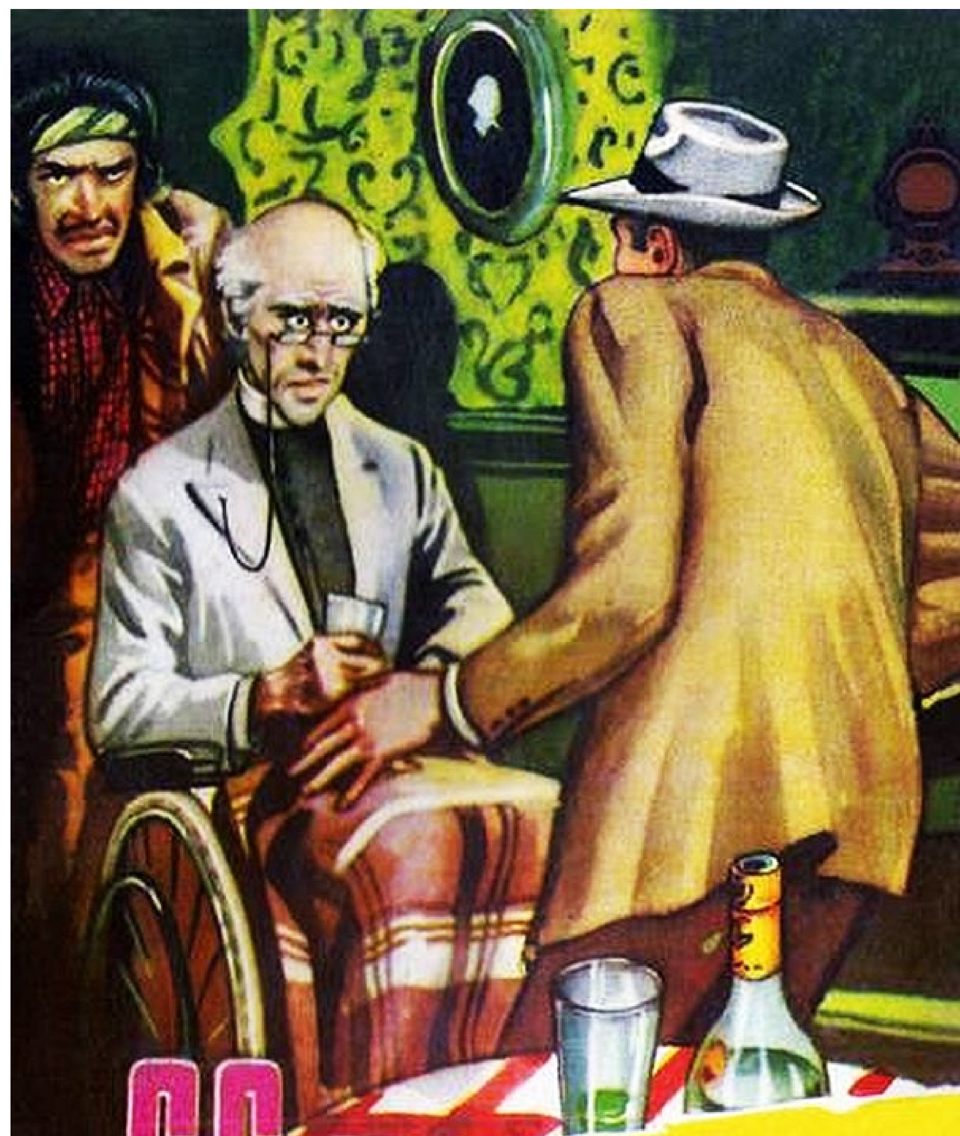


SS

SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

LA MUERTE LENTA

Y el fornido coloso —aumentada su corpulencia por el abrigo de piel de camello— abandonó el despacho, pisando reciamente.

El alcaide, tras dar las oportunas órdenes, pensó que en efecto debía ser muy misteriosa y rara la papeleta, porque conocía lo bastante al inspector Terry Brian para saber que éste, hasta entonces, lo había considerado todo, hasta lo más inverosímil, como humano y natural.

El alcaide era humano. Por esto, acudió al compartimiento vecino al locutorio privado. El virus de la curiosidad más aguda le estaba envenenando la sangre.

Descorrió una mirilla, bien oculta, y pudo, ver al estólido Terry Brian repantigado en un butacón. Seguía masticando como si su lengua estuviera hinchada.



Peter Debry

La muerte lenta.

Bolsilibros: Servicio Secreto - 52

ePub r1.0
jala y xico_weno 03.07.17

Título original: *La muerte lenta*
Peter Debry, 1951

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

LA MUERTE LENTA

1ª. EDICIÓN
JULIO - 1951

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453



BARCELONA (6)

LA MUERTE LENTA



POR

P. DEBRY.

CAPÍTULO PRIMERO

EL INDULTADO

—En los bajos fondos del Bronx y Brooklyn, la más elemental noción para sobrevivir reside en la ciencia fácil, que no requiere estudios, de primero disparar y después indagar las malas intenciones de la víctima.

—Esta parrafada es de un cinismo bestial, querido amigo —dijo, molesto, el alcaide del presidio de
Sing-Sing
.

Su interlocutor alzó una mano maciza, cómo queriendo indicar al alcaide que esperase unos, instantes antes de opinar. Todo era macizo en el inspector Terry Brian.

Su ancho rostro, el grueso y redondo cuello, el amplio busto, las piernas y sus pies, calzados en zapatos del 44. Para un inexperto podía dar la impresión de un hombre grueso y pesado.

Los delincuentes que habían tenido que mantener, contra su voluntad, relaciones con el inspector Brian del
F. B. I.
, opinaban de muy distinta manera. Estimaban que no había grasa ni pesadez en aquel macizo investigador que poseía tanta agilidad cerebral como contundencia corporal, y que se anticipaba en rapidez al más escurridizo.

—Lo que acabo de decir, señor alcaide, no es producto de mi magín, sino el lema de Chic Dugan.

—Un caso extraño este Chic Dugan.

—No tiene nada de anormal, que yo sepa.

—Cuando ingresó aquí, hace cuatro años, me previnieron que fuera vigilado porque era un temperamento duro, agresivo y rebelde. Y me lo decían colegas de usted, poco propensos a asustarse ni exagerar. Han pasado los cuatro años, y ojalá todos mis inquilinos fueran tan pacíficos y disciplinados como Chic Dugan. Lo he estudiado, y no es el frecuente caso de hipocresía del pistolero que hace méritos para ganarse un indulto o una condonación de años, y apenas sale a la calle lleva a cabo su golpe, bien meditado.

—Chic Dugan ha sido siempre leal. Su lema de «disparar primero y luego preguntar», al estilo del Viejo Oeste, lo aplicaba entre sus compañeros de profesión, los modernos contrabandistas de joyas. Bien, señor alcaide, vamos al grano. Traigo una papeleta dificilísima.

Colocó sobre la carpeta, al alcance del alcaide, un sobre largo, voluminoso.

—Contiene el indulto total de Chic Dugan.

—¡Pero si le faltan ocho años por cumplir! La condena fue de doce, por la batalla campal que inició en la carretera del Norte, y donde perecieron siete *gangsters*. Por su buena conducta aquí, yo mismo iba a proponer una condonación de unos cuantos años… Cuatro…

—A mí, regístreme —dijo Brian elevando las cejas, como un hombre pleno de ignorante candor.

—¿Y dice usted que es una papeleta difícil anunciarle a Chic Dugan que está libre? Déjeme echar un vistazo a este indulto. No comprendo como así de buenas a primeras…

Las macizas mandíbulas de Terry Brian se movieron como si masticase *chiclé*. Parecía un buey inteligente, calmoso, de sólida confianza en sí mismo, pero opinando que el resto de la humanidad tenía nervios en exceso.

El alcaide rasgó el sobre, y fue hojeando los cuatro folios escritos a máquina. Eran un resumen de las diligencias del caso «Dugan»; la sentencia, el informe sobre su conducta, y, al final, un breve párrafo, desconocido por el alcaide:

«La Secretaría de Justicia, previa consulta con el Departamento Federal de Anti-tóxicos, y con asesoría privada de la Sección de Represión de Narcóticos de la

Oficina Federal de Investigación, decide conmutar el resto de la pena dictada contra Chic Dugan, que será puesto en libertad inmediata a la presentación de este documento».

Los sellos y firmas no ofrecían dudas; y, además, era demasiado conocido el inspector Terry Brian, quien periódicamente acudía a Sing-Sing
, acompañando a sentenciados y pidiendo visitar a otros.

—Nada puedo objetar. Todo en regla, inspector.

—Parece usted herido en su amor propio.

—Lo menos a que puedo aspirar, es saber las causas por las que así, tan súbitamente, la Secretaría de Justicia indulta, sin antes comunicarme las razones…

—Eminentemente secretas, alcaide. Ni yo mismo las sé.

—A otro perro con este hueso, Brian. Lo que usted no sepa de todas las martingalas del F. B. I…

—Martingalas al servicio de la ley y del ciudadano, alcaide.

—Entre las varias cosas que no comprendo, y que son, la mansedumbre de Chic Dugan desde que ingresó aquí, este indulto excepcional, y su personal presencia para liberar a Chic Dugan, figura su comentario, inspector. ¿Dónde está la papeleta difícil en comunicar a un preso que, por fin, se reintegra a la vida normal?

Brian movió otra vez los gruesos labios y las ponderosas mandíbulas. Era un modo de masticar con que preparaba su respuesta. Y esta vez su respuesta, en modo de pregunta, acabó de desconcertar al alcaide.

Porque el inspector Terry Brian, el insensible, el hombre con quince años de servicio en constante lucha con criminales, decía con voz casi meliflua y entonación lírica:

—¿Ha estado usted enamorado alguna vez, alcaide?

—Soy casado y me encuentro muy a… ¡Oiga, inspector! Usted mide un metro noventa. ¿No habrá chocado por casualidad con la cabeza al pasar una reja de los rastrillos?

—Es usted un hombre correcto. Otras veces cuando me creen irónico, me dan a entender que me sienta como a un elefante un lacito rosa al cuello. No hay la menor ironía en mi pregunta, alcaide. Yo, francamente, no he tenido tiempo de enamorarme, pero creo que debe ser algo terrible y a la vez muy sabroso. El caso es

que Chic Dugan enamoróse locamente, con todas sus íntimas reservas ansiosas de cariño y afecto. Ocurrió apenas un mes antes de que en la carretera norte despachara a unos cuantos que sobraban, y cuya muerte celebré, porque eran sabandijas repulsivas.

—Pues, si tan enamorado está Chic Dugan, más agradable para usted ha de ser el comunicarle que está libre para correr junto a su adorada… ¿O es que ella ha volado?

—No. Ella sigue siendo rendidamente honesta, rendidamente sumisa al cariño de Chic Dugan. Y esto es lo peor.

—Ahora sí que no entiendo una sola palabra.

Terry Brian, más que hablar al alcaide parecía pensar en voz alta.

—Lo terrible para un hombre como Chic Dugan, es darse cuenta de algo que yo no puedo explicarle. Él lo verá… lentamente. Y entonces… volverá a disparar.

—Si va a disparar contra ella, no deben…

—No es contra ella. En fin, no es mi deseo darle dolor de sienes, alcaide. Dé la orden. Yo le firmaré la entrega de Chic Dugan. Voy a esperarle al locutorio privado. Algún día podré aclararle todo esto. Y conste que no he venido para intrigarle. Si le hablo en forma poco clara, es porque no puedo ser más explícito. ¡Qué papeleta, por San Patricio, qué papeleta!

Y el fornido coloso —aumentada su corpulencia por el abrigo de piel de camello— abandonó el despacho, pisando reciamente.

El alcaide, tras dar las oportunas órdenes, pensó que en efecto debía ser muy misteriosa y rara la «papeleta», porque conocía lo bastante al inspector Terry Brian para saber que éste, hasta entonces, lo había considerado todo, hasta lo más inverosímil, como humano y natural.

El alcaide era humano. Por esto, acudió al compartimiento vecino al locutorio privado. El virus de la curiosidad más aguda le estaba envenenando la sangre.

Descorrió una mirilla, bien oculta, y pudo, ver al estólido Terry Brian repantigado en un butacón. Seguía masticando como si su lengua estuviera hinchada.

Entró Chic Dugan.

De estatura normal, esbelto, llamaba inmediatamente la atención un detalle facial. Sus ojos. Rasgados, levemente oblicuos,

casi orientales; como almendras en forma y color.

Negro el cabello, sus demás rasgos faciales eran regulares. Frente despejada, corta nariz recta, labios firmes, barbilla decidida, hendida. Era un hombre guapo, joven aún, porque estaba en vísperas de cumplir los veintisiete.

Su andar era elástico, y la ropa que acababa de vestir, aun siendo de cuatro años antes, sentábale perfectamente. Se detuvo ante el inspector, que continuaba sentado.

—Hola, inspector Brian.

—Hola, Chic. Aunque sea yo la encarnación voluminosa de la ley, no somos enemigos personales. Choca, hijo.

Tendió su ancha mano el inspector, y Chic Dugan estrechóla. Pero dijo sin encono, simplemente, casi con indiferencia:

—Usted es un bravo tipo, inspector. Pero no me llame hijo; porque yo tengo un corazón, y usted, si lo tiene, lo conserva en una nevera.

—Como quieras, como quieras —replicó cordialmente Terry Brian.

Y el alcaide, que escuchaba atentamente, supo entonces de pronto que muy difícil debía ser la «papeleta», por cuanto Terry Brian caracterizábase por una dureza casi inhumana al tratar con pistoleros. Decía que él sería humano con ellos cuando ellos dejasen de ser asesinos.

—Siéntate un rato, Chic. Estoy esperando me den unos papeles. ¿Qué tal te ha ido?

—Magnífico. Pijama de seda, ducha fría y caliente, comidas a la carta, y visitar al mar.

—Yo te he considerado siempre un tipo leal, Chic. No vas a pretender que te metieron entre rejas por capricho y mal genio del juez.

Sentado ante el inspector, Chic Dugan se contempló las uñas, mientras replicaba.

—«Casqué» doce años, y los que murieron tratando de balearme no valían ni un minuto de cárcel para quien los eliminó.

—Puede que sí, Chic. Pero tomarse la representación de la ley, sin acudir a tribunales, tiene un comentario en el Código a base de años de presidio.

—El día antes de entrar aquí me casé con Mary. Prometíle ser un

ejemplar de resignación y humildad. He cumplido… Pero ahora dígame, inspector Brian, ¿dónde está la trampa?

—¿Qué trampa, hijo?

—¡No me llame así, demonios! Cuando usted le mete mano a un tipo y lo trae a las rejas, suele decirle: «Vamos al grano, amigo». Eso le digo yo. Vamos al grano. ¿Por qué me indultan? ¿Por qué me quitan ocho años de presidio?

—Si a mí me regalan un billete premiado, no pierdo sesos tratando de averiguar por qué me hacen el regalito.

—No sabe usted mentir, inspector. Con toda su tonelada de músculos, hay momentos en que me da la impresión de un niño, que me está dando confitura, y a la vez, a la fuerza, veneno. ¿Por qué me sueltan, inspector Brian?

—Yo soy un tornillo del engranaje, Chic. Tú vas a salir a la calle. La misma Mary ignora que estás indultado. Le vas a dar una sorpresa enorme…

Los ojos orientales de Chic Dugan, al estrecharse más, le hicieron semejar un cruel ídolo marfileño, al resaltar en la lividez del encierro un aumento de palidez. Crispadas las mandíbulas, dijo:

—Mary me ha escrito todas las semanas. Es una chica honesta…, y sé que durante mi ausencia me ha sido tan fiel como… como…

—Como la más virtuosa de las esposas. Sí, Chic, esto yo te lo garantizo, porque se dio la casualidad que, temiendo el
F. B. I.
que ella siguiendo anteriores instrucciones tuyas intentase proporcionarte una fuga difícil, de vez en cuando yo vigilaba sus pasos. De hombre a hombre, Chic; tu esposa es una buena muchacha, de la cual has de estar orgulloso.

La respiración de Chic Dugan fue normalizándose, y replicó secamente:

—Gracias, inspector.

—Es más; yo he considerado que tu boda con Mary ha sido la primera acción inteligente que has hecho. Significaba tu redención.

—¡Y lo es! Salgo para trabajar decentemente. Pero ¿por qué salgo ocho años antes, inspector?

—Regístrame, hijo. Bueno, ya habrán tenido tiempo de reunirme los papeles que vine a buscar. Podemos irnos ya. ¿Te molesta que te acompañe, Chic?

—Respirar aire libre es algo tan bonito que hasta sería capaz de encontrar simpático un cocodrilo a mi lado.

—Exacto, exacto.

El alcaide, furioso, cerró la mirilla. Seguía sin saber el misterio de la libertad de Chic Dugan, y de la actitud extraña, como apenada, de Terry Brian.

CAPÍTULO II

«J-3
»

En la calle, cuando ya los muros del presidio estaban lejos, Chic Dugan, que miraba entorno como un explorador en tierra desconocida, comentó:

—Un día fresco, pero muy tonificante, inspector. Bueno, ahora podemos ya cada uno seguir nuestro camino. Y por mí, palabra que no hemos de volver a cruzarnos.

—Eso quiero, Chic. Oye, muchacho; a veces puedo necesitar un tipo de tus agallas, y de su velocidad en disparar… ¿Qué te parece una placa de agregado policial al
F. B. I.
, para ti? Tendrías derecho a uso de arma.

Chic Dugan se detuvo en la acera, y apoyó sus dos manos en los riñones, avanzando la barbilla. El inspector Terry Brian masticó, rumiando lentamente, los ojos puestos en la punta de sus zapatos.

—Tienes el talle arqueado, lo cual te permitiría, llevando americana larga, tener dos pistolas sobre los riñones. No las llevas ahora, Chic. Ya sé… Si las llevases, estaría yo acribillado como una espumadera por atreverme a ofrecerte un empleo… No me habrías acribillado, porque antes de hablar te hubiera mostrado mi «Lüger» del 38 —y añadió con suavidad, apenado—: Eres un imbécil, Chic. Sí, hombre, con todo tu talento. Un imbécil.

—Lo seré; pero piense que así me muriera de hambre, no aceptaría yo el cargo de confidente armado.

—Imbécil… Sí, hombre. Esta pretendida hombría de vosotros,

que os hace creer que sois más machos en proporción inversa a no delatar a cerdos. Yo no te ofrecí plaza de chivato, porque me sobran ojos y oídos. Lo único que te dije fue que tal vez te convendría poder llevar arma, con licencia.

—Pasé mucha hambre y ningún policía me dio pan. Vendí periódicos y ningún policía me dio una cama caliente. Pasé…

—Pasaste las moradas, ¿y qué, hijo? ¿Es que te crees tú que yo nací millonario, y que me he hecho inspector porque soy una locuela neurasténica amante de fuertes emociones? Ya que has llevado la charla a este terreno, atiende ahora, mártir. Yo… —Y el grueso pulgar del inspector aplastóse contra su pecho, y el labio inferior se hizo sobresaliente y agresivo, mientras añadía—: Yo pasé mucha hambre y ningún pistolero me dio una cama caliente. Pasé, como tú, las de Caín antes de comer caliente y dormir abrigado. ¿Y qué? ¿Me iba por ello a pasar al bando de los Caín? No, señor. Me metí en la pandilla de los Abel, para defenderlos pistola en mano, y jugándome la piel con más riesgos que los compañeros míos, porque mido mucha más piel. Lo siento, hijo, y perdona. Me he puesto sentimental. Anda, Vete, Chic Dugan… Y si por lo que sea te das cuenta que es más hombre el que forma en la pandilla de los Abel contra la rastrera banda de los Caín, ya sabes donde tengo mi despacho; y se da la casualidad que allí duermo abrigado y como caliente, porque no tengo otra casa.

Chic Dugan titubeó un instante. Por fin, dijo:

—Bueno; suerte, inspector Brian. Adiós.

—Hasta la vista, hijo.

Mientras Chic Dugan se alejaba, hundió rabiosamente las manos en sus bolsillos el inspector Brian. Estaba furioso porque, por vez primera, odiaba.

Siempre había sido un luchador sin pasión contra las fuerzas destructivas del mal. Pero ahora odiaba ferozmente a los que llamaba «más innobles que los buitres y más abyectos que las serpientes».

Por que ellos, los traficantes de drogas, tenían la culpa, entre miles de maldades, de la tragedia de Mary Dugan… y de la que, por aquel fresco día iba tendiendo su negro sudario sobre Chic Dugan, el liberto, que ahora entraba en un taxi para llegar cuanto antes junto a la mujer idolatrada.

Chic Dugan ignoraba que, aquella misma mañana, el inspector Terry Brian había telefoneado al doctor de un sanatorio preguntando si Mary Dugan podía regresar a su casa, ya que su esposo iría a visitarla allá, ignorante de la tragedia de los dos últimos años de la existencia de Mary Dugan.

Replicó el doctor qué ella podía regresar a su domicilio pero, obligatoriamente, en compañía de una enfermera.

Y Mary Dugan, ayudada por la enfermera, procedía a limpiar el piso, colocar flores, sacudir el polvo de las cortinas. La enfermera, de vez en cuando advertía:

—No se excite tanto, Mary. Su esposo ha de verla risueña…

—Por lo que más quiera, no le diga nada.

—Habrá de saberlo, Mary. Ha de saber que es usted una «J-3».

Con la letra Jota y el número tres, marca el sanatorio de desintoxicación de Lexington, de Nueva York, a los «drogados», cuyo caso es difícil, casi incurable. Los «J-3» son los que, en la jerga médica, se designan con la palabra «mordidos».

Mordidos por la droga, sin salvación. Los agentes del F. B. I., encargados de la Represión, adivinan con una sola ojeada al «mordido», que para los demás es un ser normal.

El agente experto aprecia los siguientes síntomas en el intoxicado gravemente: «ojeadas furtivas, mirada vaga, agitación repentina, espaldas encorvadas, frases incoherentes, bostezos repentinos».

—No le diga a Chic que… Por favor, dígale que es una amiga mía —imploró Mary.

Veintiún años. Rubia, delicada, casi frágil, tenía la dulzura de una acuarela… Pero la enfermera conocía a Mary «J-3», la que en sus ataques mordía, echaba espuma por la boca, y necesitaba los esfuerzos de dos robustos enfermeros para poder ser tendida y atada en la cama.

El último diagnóstico del doctor había sido: «Creciente

esquizofrenia y aumento de la taquicardia», frase que equivalía, traducida al vulgar entendimiento: «Camino rápido hacia la locura y gran debilidad del corazón». Lo que no estaba escrito, significaba que sería más caritativo que el corazón de Mary Dugan fallase; y la muerte, al sobrevenir, sería generosa evitando a la intoxicada el negro pozo de la locura incurable.

Y Chic Dugan bajó del taxi silbando la vieja melodía: «El mundo entero es mi Mary…».

Arriba, la enfermera, poco propensa a emociones, porque su profesión endurecía al contemplar tantos casos de Muerte Lenta, estaba sin embargo nerviosa.

Era mujer y su lectura favorita eran los folletines que relataban las trágicas vidas de amores difíciles. Y pensaba en el hombre fuera de la ley, redimido por amor, que iba a llegar de un instante a otro, y en la frágil belleza de Mary, «J-3», cuyo cerebro apagábase progresivamente.

—¿«J-3»? Sí, pero no por vicio —había dicho el psiquiatra del Sanatorio Lexington—. Vean a esta pobre muchacha, que acudió aquí asustada. Quería salvarse. ¿Por qué empezó a tomar cocaína? Porque un traficante deslizó bajo su puerta un papel en que, con humor maligno, decía: «Mary, no olvidarás los diez años que le faltan a Chic para reunirse contigo, tomando Coca-Cola. Deposita quince dólares en la caja de tu puerta, y, a cambio, recibirás un gramo de olvido, bienestar; y los días serán para ti segundos». ¿Es por vicio que Mary Dugan se ha intoxicado gravemente, y a sus diecinueve años ha empezado a suicidarse lentamente?

Chic Dugan no había querido que ella le visitase. Afirmó que así sería más llevadera su reclusión. Quería sólo que le enviase una carta semanal; y Mary Dugan enviaba cartas cuyas apretadas líneas, radiantes de amor, esperanza y fe en el futuro, constituían la vida entera de Chic Dugan.

Mary Dugan, a la muerte de sus padres, acaecida cinco años antes, percibía una pensión vitalicia, modesta, pero suficiente para vivir con decoro.

El piso también era modesto, así como la calle. Pero para Chic

Dugan, las escaleras que subía eran mármol de escalinata de palacio; y la barandilla de madera, marfil y oro.

Y se detuvo —sin avergonzarse de que en sus crueles ojos hubiera lágrimas—, porque en el umbral de la puerta abierta, Mary Dugan, excitada, nerviosa, tendía hacia él, implorantes, sus delgados brazos…

Fundiéronse en un abrazo, sin palabras; riendo, y juntamente mezclando en sus besos lágrimas.

Al fondo, la enfermera, que accedió a vestir ropa de calle, carraspeó molesta, porque sentía en su garganta un picor impropio de su profesión.

—Hola, Mary —susurró Chic Dugan.

—Hola, Chic —sollozó ella.

—Bueno; yo, lo que digo, es: ¿y si entráramos?

Sólo entonces vio a la robusta matrona. Pestañeó.

—¿Quién es la señora ésa, Mary?

—Una amiga mía, que me ha hecho compañía… y que deseaba conocerte.

—Pues, tanto gusto, señora. Yo soy Chic Dugan, el hombre más feliz de la tierra porque tiene por esposa al ángel disfrazado que dice llamarse Mary, y que al volverla a ver me da miedo.

—¿Miedo? —musitó, pálida, ella.

—Miedo de que te eches a volar, y me dejes solo, volviendo a tu cielo, de donde viniste a salvarme. Bueno, señora, usted perdonará si me ve tan blando, pero no me avergüenza decirle que no tengo porqué esconder mis sentimientos. Y puesta la cosa así, no se ofenda, señora, pero me encantaría estar a solas con mi esposa.

Tembló Mary Dugan, pero la enfermera, levantándose bruscamente, mentalmente dijo:

«Lo siento, doctor, y despídame si quiere, pero yo no le amargo el momento a esta pareja».

En voz alta, manifestó:

—No me ofende, señor Dugan. Sería yo muy necia si me quedase. Si me necesitas, Mary, estoy por aquí, ¿sabes? Hasta luego.

Salió ella, y Chic Dugan comentó:

—Se ve que os habéis hecho inseparables. ¡Qué preciosa estás, Mary! Nerviosa, claro, como yo… Los ojos algo tristes… Bien, bien, bien… Por fin estoy contigo. Me indultaron, Mary, me indultaron.

He cumplido lo que te prometí, siendo buen chico. Vamos, vamos, deja de llorar. Estás temblando y mordiéndote los labios… Calma, mi vida. Te va a dar un ataque… ¡Mary!

Fueron unos minutos de horrible dolor íntimo para el aturdido Chic, cuyos recios músculos tuvieron que esforzarse al máximo para poder dominar a la que, convulso el rostro, dilatados los ojos, gritando agudamente, debatíase como una posesa.

Asistió en plena confusión mental a la entrada de la enfermera, que prestamente de su boquitín portable, donde un calefactor eléctrico de batería desinfectaba aguja hipodérmica, alzaba la manga de Mary, aplicando luego la inyección calmante.

Y oyó la enérgica voz de la enfermera:

—Debo llevarla de nuevo al sanatorio. Acompáñeme, señor Dugan. No estoy facultada para explicarle nada. El doctor-jefe le dará cuantas explicaciones precise.

En el taxi, ya calmada, Mary Dugan dormía en brazos de su esposo. De vez en cuando emitía un lento gemido.

Ante el hospital Lexington de desintoxicación, la enfermera, ayudada por otra, se llevó a Mary, mientras Chic Dugan era conducido a un despacho.

El doctor era un hombre muy atareado, y sus explicaciones fueron precisas.

—Sé quién es usted, Chic Dugan, y por lo tanto le estimo valientemente dispuesto a encajar un duro golpe. Hace unos seis meses su esposa llegó aquí porque, desesperada, quería salvarse. Pero era tarde. Empezó a tomar cocaína hace dos años, de resultas de haber leído este infame escrito.

Quitó de los folios del historial clínico de Mary Dugan la cartulina, que tendió a Chic Dugan, quien leyó entre dientes:

> *«Mary, no olvidarás los diez años que le faltan a Chic…».*

Devolvió la cartulina. No había dicho una sola palabra, y seguía en silencio. Sus ojos rasgados miraban duramente ante sí.

—Ella depositó quince dólares en la caja-buzón. Por la noche, alguien recogió el dinero y dejó un paquetito con polvo blanco. No

era cocaína pura, sino mezcla de polvo de cáñamo hindú y adormidera. Peor que la cocaína; para los traficantes es mucho más barata de adquirir. Así empezó su esposa. Cuando acudió, asustada, porque sufría de ataques mentales, era tarde.

Habló por vez primera Chic Dugan. Su voz tenía metálicas resonancias:

—Indíqueme las posibilidades, sin titubeos, doctor…

—Locura incurable, o muerte cardíaca.

—¿Tiempo?

—No se puede precisar. Dentro de unos minutos, días, un año… Y yo, personalmente, preferiría el fallo cardíaco. La locura producida por la mezcla de cáñamo hindú, adormidera y un mínimo de cocaína, es un tormento horrible para el atacado. Es una muerte lenta… Y la visita de sus seres más queridos le produce alteraciones mayormente dolorosas. Yo bien quisiera ofrecerle una seguridad, o siquiera una mínima posibilidad de curación, pero es mi deber…

—Gracias, doctor. ¿Necesita ella dinero?

—La pensión que recibe mensualmente cubre sobradamente los gastos. Está atendida lo mejor posible.

—Adiós, doctor.

Chic Dugan se levantó; y a no ser porque sus ojos tenían una expresión salvaje, y un sudor pegadizo cubría su frente, habría parecido un hombre normal.

En el corredor esperaba la enfermera, que comunicó:

—Duerme tranquilamente, señor Dugan. Quisiera… decirle algo. Me va en ello mi trabajo, señor Dugan.

Miró ella en rededor. Estaban solos. Chic Dugan asintió con una cabezada, como un hombre aturdido por un rayo.

—Hable, y nadie sabrá nada de lo que me diga.

—El que daba la droga a su esposa era un hombre llamado Joel Vicuña. No he dicho nada, señor Dugan.

—Nada —y Chic Dugan hizo un gesto raro.

Acarició el ancho hombro de la enfermera, como se hace con un buen compañero.

—Cuídeme bien a Mary, cuídemela bien. Y dígale que pronto curará; y que yo trabajo decentemente, esperándola. Que no la visito porque así curará antes. Adiós.

La enfermera, viéndole marcharse, pensó:

«Nadie sabrá que yo le he dicho quién fue el canalla… Y ojalá tenga mil muertes Joel Vicuña antes de morir».

En su despacho, el inspector Terry Brian masticaba pacientemente. Era un profundo conocedor del carácter de los hombres que, como Chic Dugan, se habían lanzado al camino de la violencia.

Y también sabía que, a su modo, Chic Dugan era leal y sincero. Un agente le anunció que Chic Dugan pedía verle.

Alzó el inspector su maciza diestra indicando que entrase. Chic Dugan acercóse, lívido en blancor acentuado su rostro anguloso, viril, como tallado a hachazos en mármol. Resaltaban ardientes los rasgados ojos.

—Hola, Chic. No digas que no, y toma esta copa de coñac.

—¿Preparada ya? Usted es un tipo listo, ¿verdad? Lo ve todo, lo adivina todo…

—Bebe, hijo. Adivino que quieres matar a alguien. Bebe, hijo.

—¡Maldito sea usted y todos sus iguales! Sirven para meter en la cárcel a los que van pistola en mano dando cara a otros que también van pistola en mano. Pero las inmundas sanguijuelas que reparten drogas, esos… son respetables ciudadanos.

—No seas injusto conmigo, Chic.

—Deme el nombre del que…

—No puedo. Es secreto.

—El que lo hizo, ¿está entre rejas?

—No. Siéntate, Chic. Y bebe. Te hace falta.

—Ni bebo ni me siento. He venido solamente a decirle que ya he adivinado la razón por la que me han echado fuera. El muy listo de inspector Terry Brian llegó un día a su patrón y le diría: «Escuche, amo; nosotros no damos con la organización completa de los traficantes de drogas, que están condenando a mucha juventud a una muerte lenta y horrible. Echemos fuera a Chic Dugan, y éste a tiro limpio irá deshaciéndose de todos, porque es conocido en los barrios bajos. Yo despistaré, y cerraré los ojos». ¿Está claro, Terry Brian?

—Suponía que esto deducirías, Chic. Pero en algo te equivocas. Yo fui a ver al señor jefe de la Brigada de Represión de Tóxicos y le indiqué que estabas capacitado para ayudarme a investigar. El jefe me rebatió, asegurando que tú, al verte en libertad, lo que harías

sería, siguiendo tu táctica, disparar… Yo prometí que, una vez en libertad, si tú decidías tomarte la venganza por tu mano, al primer delito que pudiera demostrarte, porque es delito matar a un asesino sin juzgarle, reingresarías en
Sing-Sing
por veinte años, sin indulto ni conmutación. Esto es todo.

Chic Dugan cogió la copa y apuróla de un trago. La tendió porque, frasco en mano, Terry Brian esperaba. Volvió a beber.

—Entonces, usted ha creído que yo iré a su lado, como un perrito fiel, cogiendo por un brazo al que usted agarre por el otro, y llevándole al banquillo de acusados. Si usted tiene sangre de cebada, yo no. ¡Ninguno de los que han repartido drogas por Nueva York merece que un juez pierda un minuto!

—Hay una cosa que no debes olvidar, Chic. El que reparte drogas es simplemente un pequeño buitre entre una bandada de cien buitres. Todos ellos tienen una organización perfecta. Si sospechan que vas tras ellos no tardarás en morir obscuramente, en cualquier rincón, muerto por quien menos esperes.

—Tráigame una corona de dalias azules.

—Te ofrecí placa de agregado porque tendrías licencia de armas, no para matar, sino para defenderte. No trabajarías conmigo, sino independiente.

—Vamos a hablar de algo más positivo, inspector. Me dijo usted que de vez en cuando vigilaba a Mary.

—Sí.

—Es usted muy buen vigilante, puesto que evitó…

—Un momento. Yo la vigilaba a ella en un principio; después, de vez en cuando, cada tres o cuatro meses. Cuando me pareció que se drogaba, y era ya tarde, puesto que no podía yo pensar en esto…, esperé hasta meter mano a… un tipo que llamaré el Buitre. Un pequeño buitre repugnante. Acababa de recoger los quince dólares y dejar un paquete. Recogí el paquete, que fue llevado al laboratorio. Contenía bicarbonato, perborato y un desinfectante. Afirmó el Buitre que era un producto magnifico para sacar brillo a los cubiertos. El tipo sabía que yo vigilaba. Tienen una buena organización. No le pudimos demostrar nada. Aconsejé a Mary que fuese al sanatorio, pero ya era…

—¡Ya era tarde! ¡Lo sé! Y el Buitre, ¿qué?

—Ya era un sospechoso. Abandonó el negocio, retirándose. Su organización actúa perfectamente.

—Y ustedes necesitan pruebas, porque sin ellas son unos incapacitados.

—Nosotros, para condenar, tenemos que demostrar. De lo contrario, muchos serían los abusos.

—¿Y cómo se llama este buitre?

—Escucha, Chic; yo no te conseguí la libertad para que privadamente actúes de vengador, apretando el gatillo. Esta placa puede ser tuya. Trabajarás independiente.

—No. Pienso marcharme lejos de esta podrida tierra.

—Mientes, hijo. Tú matarás, y yo, lamentándolo mucho, te cogeré. Ésta es la situación. Chic Dugan no dispara… sí yo lo puedo evitar. Tú buscarás el meterte en la organización para ir liquidando. Es natural; yo, personalmente, tal vez sería tan terco como tú. Pero si yo fuera Chic Dugan, agradecería hallarme ante Terry Brian, que me dice: «Muchacho, ¿aliados a favor de la ley?».

—Yo agradezco su actitud, inspector. Pero no serviría para ir llevando asido del brazo a toda la carroña que ha condenado a mi Mary a una muerte lenta.

—Entonces, renuncia, Chic. Vete lejos de los Estados Unidos, porque al primer paso en falso que des yo te cogeré. Tal vez el mismo día en que yo te conduzca a
Sing-Sing
presente mi dimisión, pero, si te empeñas en ser un juez pistolero, te cogeré, Chic.

—Suerte —y los rasgados ojos destellaron por entre los párpados entornados—. Ella era todo lo que yo poseía de limpio y noble, inspector. ¿Usted la ha visto víctima de un ataque? No… Pero yo acabo de verla. Era dulce, tranquila, buena…, y me la han transformado en una loca salvaje, gritando, mordiendo… ¿Y qué quiere?

Avanzó bruscamente el busto, apoyando las dos manos sobre la mesa, a corta distancia su rostro del semblante del inspector.

—¿Qué quiere? ¿Que para castigar como se merecen a los buitres les enseñe la placa, y, cogiéndoles por el codo, les conduzca a una confortable celda? Vendría un abogado, y demostraría que sus clientes reparten estampitas bendecidas. Una advertencia,

inspector. Devuélvame a
Sing-Sing
.

—No, hijo. Tu indulto es total, y, por ahora, nada has cometido contra la ley. Y cuanto te digo yo, y cuanto tú me dices, es un intercambio de franquezas entre dos hombres.

—Entonces, escuche bien, inspector. Yo no le odio, no le tengo ningún rencor… Es más; en otras circunstancias podríamos ser amigos. Puede que me vaya, puede que no. Pero, sea como sea, usted no Volverá a meterme entre rejas; porque la primera vez que yo vuelva a apretar el gatillo ya no me detendré. Y si usted aparece por mi camino, dispararé; y luego, con sinceridad, me dará pena verle muerto, pero dispararé primero.

—¿Otra copa, hijo?

—¡Y no me llame así, por los clavos de Cristo! Me exaspera usted… Me saca de quicio…

—No lo hago adrede. Produzco este efecto hasta en mis compañeros de profesión. Una profesión noble, Chic. Jugarse la vida para que un juez dicte sentencia. Apretar el gatillo solo si ante nosotros hay uno con el índice encorvado sobre otro gatillo. Bebe, hijo.

—¡Adiós, y, por lo que más quiera, inspector, no… no se me ponga delante, si al salir de aquí decido disparar contra la carroña de buitres!

Dando media vuelta, Chic Dugan salió. Terry Brian masticó unos instantes; luego, bajó una palanca del dictáfono, y dijo, cansinamente:

—Pide ahora al jefe para mí, hijo.

Diez minutos después, el jefe del Departamento de Tóxicos del
F. B. I.
miraba a Terry Brian, sentado ante él.

—¿Y bien?

—No acepta. Trabajará por su cuenta.

—Esto ya se lo dije; pero usted, es más terco que una mula, con perdón para los mulos.

—Chic Dugan tratará de averiguar quién llevaba la droga. Le será difícil saber que Joel Vicuña, se llama ahora Frank Palmer y es un honorable comerciante, tendero en Albany.

—Llegará a averiguarlo.

—Matará a Joel Vicuña, y entonces, si puedo demostrarlo, lo detendré.

—Atiéndame, Brian. Se está usted jugando el cargo; porque si lo que pretende es permitir que Chic Dugan vaya disparando, es una inmoralidad que no le toleraré.

Terry Brian masticó unos instantes antes de replicar:

—Me conoce lo suficiente, señor, para saber que yo cogeré a Chic Dugan, si puedo demostrarle algo en contra. Pero… si no se le puede demostrar nada, ¿por qué va a ser él distinto a Joel Vicuña? Quedó libre porque no pudimos demostrar nada. Y la ley es igual para todos los ciudadanos de América.

—Chic Dugan es un pistolero, y dispara primero antes de hablar.

—Joel Vicuña es un abyecto buitre que reparte drogas, señor. No se lo hemos podido demostrar. Y si yo no puedo demostrar que Chic Dugan ha salido para disparar…

—De acuerdo. Si Joel Vicuña muere, quiero a Chic Dugan entre rejas.

—Joel Vicuña se ha hecho muchos enemigos. Pueden matarlo, y no ser Chic Dugan.

—Para esto es usted inspector del
F. B. I.
Para demostrar que si muere violentamente Joel Vicuña, hay muchas posibilidades de que sea Chic Dugan quien lo despachó. Resumiendo: ¿con qué finalidad consiguió usted la libertad de Chic Dugan?

—Puede él averiguar muchas cosas, que yo nunca averiguaré porque me conocen en los bajos fondos del Bronx. Y nos puede llevar a la cabeza de la banda en que Joel Vicuña era un último eslabón.

—Chic Dugan supondrá que le vigilan.

—Si no lo supiera, sería muy torpe. Y nada tiene de torpe.

—En caso de que a Joel Vicuña le suceda algo, enviaré a otro inspector, además de usted, Brian.

—Exacto, señor.

—Y me tiene sin cuidado que se ofenda.

—Exacto, señor.

—¡Váyase al diablo!

—A sus órdenes, señor… —dijo Brian, levantándose.

—Yo soy tan humano como usted y el que más, Terry. Pero representamos la ley, y no puedo tolerar que un pistolero se constituya en verdugo privado.

—Es lo mismo que le he dicho a Chic Dugan, señor. Pero ¿soy un mulo, señor, si el día en que Joel Vicuña muera y no se pueda demostrar quién fue su ejecutor, me coloco en la solapa un clavel blanco y me invito a beber en compañía de coristas para celebrarlo?

El jefe del Departamento de Tóxicos limitóse a emitir un leve bufido. Y pesadamente, masticando como un rumiante, el inspector Terry Brian abandonó su despacho.

Ambos sabían que, pese a todas sus personales simpatías, llegado el caso, el inspector Terry Brian cogería a Chic Dugan.

CAPÍTULO III

JOEL VICUÑA

La capital del Estado de Nueva York no es Nueva York, sino Albany. Es una ciudad tan antigua como Nueva York, puesto que fue erigida con el nombre de fuerte Nassau por holandeses, en 1615.

En las riberas del Hudson, lo que en 1615 eran barracones es hoy un conglomerado de rascacielos en el centro, agradables palacetes al exterior y residencias veraniegas a lo largo del río.

En la calle que unía los rascacielos con la ribera estaba el establecimiento que ostentaba el cartel:

FRANK PALMER
Representante motores Carr.

Joel Vicuña no había tenido dificultad en cambiar sus nombres legalmente. Prosperaba en el negocio de venta de coches provistos del motor Carr.

Alto, flaco, pero fuerte, su ascendencia peruana percibíase en los pómulos salientes, el negro cabello aceitoso y el bigote lacio. Era sinuoso y sabía hacerse amable.

No conocía personalmente a Chic Dugan. Cuando trabajaba como «repartidor» de droga tenía una información especial: una lista de personas que, por determinadas circunstancias, estaban desesperadas… Así conoció el caso de Mary Dugan.

Su establecimiento tenía cuatro escaparates, tras los que veíanse distintos tipos de coche, desde el turismo hasta el camión.

Tratábase de un negocio con mucha competencia, y era preciso, cuando se presentaba un cliente, «atornillarlo» por todos los medios

posibles.

Tras el mostrador había dos mecanógrafas y un dependiente. Joel Vicuña intervenía cuando su dependiente ya no encontraba argumentos para demostrar que los coches provistos de motor Carr eran insuperables.

A las seis de la tarde, una hora antes del cierre, entró un presunto cliente. No llevaba cartera de corredor comercial ni de cobrador.

Era joven, elegante y de aspecto decidido. Aproximóse al mostrador, y fue el propio Joel Vicuña quien se aprestó a la lucha para vender.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo servirle?

Chic Dugan miró a Joel Vicuña. En el Bronx había obtenido una completa descripción física de Vicuña, ahora llamado Frank Palmer.

—Voy a establecerme en Albany, y mi negocio requiere unos cuantos coches sólidos.

—Bienvenido, señor —dijo, jubilosamente, Vicuña—. Empezaré por decirle que nuestros motores, adaptados a carrocerías usadas, nos permiten vender a un precio sin competencia. Lo esencial es el motor.

—El movimiento se demuestra andando.

—Ah, bien se ve que es usted un colega negociante. Breve y al asunto. ¿Cuántos coches precisaría usted para su negocio?

—Un turismo, una furgoneta y dos camiones transformables en furgoneta.

Joel Vicuña aprobó silenciosamente, calculando el tanto por ciento.

—Podemos ir al garaje. Tengo allí una furgoneta. El garaje está a la vuelta, cruzado el puente.

—Bien. Pero antes deme los presupuestos.

—Por el camino, señor. Usted mismo puede llevar el volante.

—Vamos.

Ya en la calle, Joel Vicuña manifestó:

—¿Su negocio es maderero, señor?

—Casi. Pienso abrir una funeraria.

Joel Vicuña volvió a aprobar silenciosamente… Después, dijo:

—Un buen negocio. Artículos obligatoriamente necesarios —y, jovialmente, añadió—: Inscríbame para dentro de cincuenta años, a

ser posible.

—Puedo ya tomarle las medidas, a ojo. Por más que hagamos, de este mundo no podemos escapar con vida.

—Cierto. Me agrada ver que tiene usted un humor alegre. Siempre me figuré a los de pompas fúnebres tristes y taciturnos.

Cruzaban el puente sobre el Hudson. Llegaron al garaje, y mostró Vicuña una furgoneta larga, de color miel.

—Podrá pintarse al duco en negro. Lo esencial es el motor. Y la solidez. Suba, y, si lo prefiere, yo conduciré.

—Lo prefiero.

La furgoneta arrancó. Y en todo el tiempo transcurrido desde que llegaron al garaje y salieron, consiguió Dugan que su rostro no fuera visto por el mecánico que abrióles la puerta.

—Tomaremos la carretera a Rochester. Si le apetece, en Rochester, en la fábrica Kodak Eastman, puede conseguir el último tomavistas a un descuento notable. Me conocen allí.

—Si es tan amable, hay algo que quisiera pedirle, señor Palmer. Necesito adquirir dos sacos de cemento rápido, unos cincuenta ladrillos refractarios a prueba y una paleta de albañil.

—¿Obras ya? Bien; a doce millas está la factoría de Bennet. Le conozco. Puedo obtener el material a bajo precio. Todo por el cliente; éste es mi lema.

—Todo por el cliente, sí, señor Palmer.

Extendióse Vicuña en consideraciones técnicas sobre los motores Carr y, en especial, sobre la furgoneta.

A las doce millas, recorridas a ochenta, divisábanse ya las montañas de sal de Siracusa y el lago del mismo nombre, blanco y azul entre el verdor boscoso.

—¿Con cien dólares bastará, señor Palmer?… —preguntó Dugan, cuando el antiguo traficante en drogas detuvo la furgoneta ante una puerta de las veinte que había a lo largo de una gran tapia, tras la que se veían los ángulos de los cobertizos y chimeneas de la factoría.

—Sobran. Cargarán al momento. Pero sería preferible que usted inspeccionase, el género.

—Basta que sean ladrillos refractarios, cemento rápido y una sólida paleta. No necesito más. Usted mismo. Obtendrá mejor precio si dice que es para usted.

—Comprendido. Veo que es usted un colega eficiente.

Mientras, atrás, dos hombres cargaban el material, Chic Dugan, acurrucado, fingía dormitar, con el sombrero echado sobre el rostro.

Estaba convencido de que ningún policía habíale seguido en los muchos rodeos que había dado desde que abandonó Nueva York.

Si habíalos en Albany, vigilando a Vicuña, no estaban a la vista.

Volvió Vicuña a empuñar el volante, comentando al arrancar:

—Cuarenta y ocho dólares. Precio de amigo… Ahora, comprobará que con esta carga es más suave la suspensión. Elija el camino, señor. ¿A Rochester, a Siracusa?

—Aquella pendiente me gusta. Podremos comprobar qué tal sube las cuestas este cacharro.

—Por 6000 no hay mejor furgoneta en los Estados Unidos.

La pendiente seguía ascendiendo en curvas por entre las colinas salitrosas, que, de lejos, semejaban quesos Gruyere con sus oquedades.

—Muchas cuevas —comentó Dugan.

—La evaporación, unas; otras, galerías de perforación. Algunas llegarán a través de la montaña hasta el lago.

—Curioso. ¿Aquélla, por ejemplo?

—Sí.

—Me gustaría visitarla.

—No hay inconveniente. La furgoneta puede entrar unos veinte metros. Algún día, a pie, haga la excursión hasta el lago. Podríamos llegar con la furgoneta, pero hay rieles, y, además, está muy húmedo.

Penetró la furgoneta en la oquedad-túnel, una galería ya abandonada.

Encendió Palmer los faros, manifestando:

—Es típicamente curioso. Las paredes rezumando agua brillan de noche por no sé qué fenómeno fosfórico.

—Un sitio tétrico, en verdad.

Con un principio de impaciencia, Joel Vicuña abrió la portezuela para volver a subir.

—Cuando quiera señor.

—Su furgoneta me ha gustado. Me quedo con ella. Extiéndame una cobranza contra cheque.

—Mejor en mi despacho, señor.

—Las cosas, rápidas.

—Como usted mande. Siempre, el cliente manda en los negocios.

—En el mío, no.

Rió adulador Vicuña mientras, iluminado por los faros, aplicaba una carpeta, que sacó de un bolsín, sobre su rodilla, poniendo el pie en el parachoques.

—Naturalmente, sus clientes de usted no discuten al comprar el ataúd. ¿A qué nombre le extiendo la cobranza?

—Chic Dugan.

Joel Vicuña clavó la punta de su estilográfica en el papel. Irguióse como si le hubiesen picado.

—¿Dijo…?

—Chic Dugan, de Nueva York; domiciliado en
Sing-Sing
.

Pasóse Vicuña la lengua por entre los labios, mirando, al resplandor de los focos, al que a un lado de la galería apoyaba sus dos manos sobre los riñones, bajo la larga americana deportiva.

—¿Por qué se ha sobresaltado así, colega?

—A veces los nervios… Comprenda, el trabajo…

—En la casilla correspondiente a estado, ponga «viudo».

Joel Vicuña replicó, tras un estremecimiento, sudando, pese a la frialdad de la galería salitrosa:

—No son precisos estos detalles, señor Dugan. Basta que me extienda un cheque, firmando esta cobranza.

Lo que replicó Chic Dugan no tenía nada que ver con el negocio. Su voz, lenta, tuvo una solemnidad impresionante:

—«Mary, no olvidarás los diez años que le faltan a Chic…».

La diestra de Joel Vicuña iba moviéndose lentamente hacia atrás, buscando el confortable contacto de la pistola que llevaba en el bolsillo posterior del pantalón.

Gruñó, sin mirar a su «cliente»:

—Sus modales son extravagantes, señor Dugan. Está usted.

—Tomándote medidas, Joel Vicuña. El brazo derecho…

Con salvaje frenesí, inspirado, por un principio de terror, Joel Vicuña saltó hacia un lado, sacando su pistola.

Sonó un prolongado silbido, y el silenciador en la pistola de Chic Dugan amortiguó el ruido del balazo, que, quemante, fue a

incrustarse en la mano derecha de Joel Vicuña, quien, con un grito, llevóse la mano herida al pecho, asiéndosela con la zurda.

Saltando por encima del radiador, Chic Dugan asestó un culatazo en la frente de Vicuña, que desplomóse.

Arrastrándole por el cuello de la chaqueta, lo llevó Dugan hasta la parte posterior de la furgoneta. Abrió la puerta y puso los dos pies uno sobre cada brazo del yacente desvanecido.

Descargó un saco de cemento, cuya tela, con un cuchillo, fue rasgando en tiras. Sacó del bolsillo un paquete de anchas vendas.

Inclinándose, empezó a vendar fuertemente los tobillos de Vicuña, y, después, los dos brazos apretadamente contra el busto.

Sacó del bolsillo superior de la americana de Vicuña el pañuelo de seda, que introdujo entre los dientes del desvanecido, valiéndose de la punta del cuchillo.

A los diez minutos, Joel Vicuña tenía el busto y las piernas convertidos en porciones como momificadas.

Quedó tendido, incapacitado para moverse, en la caja de la furgoneta. Subió Dugan al volante y fue avanzando hacia la otra boca de la galería, que daba al lago, traqueteando sobre los rieles.

La humedad era penetrante; y charcos se iban formando en el suelo a medida que llegaba la furgoneta a la claridad del atardecer cayendo sobre el anchuroso lago.

Recuperado el sentido, todo el terror infrahumano alentaba en los ojos de Joel Vicuña, que, sangrante la frente y atravesada la diestra por el balazo, intentaba en vano escupir el pañuelo que obturaba su boca.

Chic Dugan iba descargando ladrillos y el cemento. Encharcó, removiendo con la paleta, y fue colocando los ladrillos de plano formando un cuadro en el suelo de tres lados, siendo el cuarto la pared de sal.

Cuando el cerco en cuadro tenía una altura de un metro vertió sobre los ladrillos cemento. Ayudaba a la penetración en las grietas con secos golpes del canto de la paleta.

En el suelo, retorciéndose, Joel Vicuña semejaba un reptil intentando huir. Aproximábase al borde de la galería, que a pico asomaba sobre medio centenar de metros de abismo, cuyo fondo era el lago.

Chic Dugan, despaciosamente, acercóse; y con el pie fue

empujando hacia atrás.

Volvió a levantar de medio metro más las tres paredes que, en cuadro con la pared rezumando sal y humedad, tenían ahora la forma de una chimenea.

—Si es buen cemento —dijo, soltando la paleta—, dentro de diez minutos esto queda consistente.

Inclinóse y arrancó de la boca de Vicuña el pañuelo. Las aspiraciones de Vicuña eran ruidosas, y el color azulado de su semblante iba recuperando una lividez anormal.

—Puedes gritar, pero no te oirán. Inauguraré la funeraria ambulante contigo. Tienes derecho a saber lo que sucederá. Te meteré en pie dentro de este ataúd. Cerraré y techaré, dejando una rendija para que respires. Una muerte lenta, la que tú vendiste a mi mujer.

—¡Yo… no fui! No era más que un vendedor, Chic Dugan. ¡Un pobre vendedor! Hay que vivir y ganarse la comida, Dugan… ¡No me pegues, no me…!

El pie de Dugan, apuntando la mandíbula de Vicuña, se detuvo, volviendo a posarse sobre el pecho del yacente.

—Ahora son las siete y media, Vicuña. Hasta el amanecer quedan diez horas. Multiplica por los minutos y después por los segundos. Y elige. Te pudres aquí dentro, o te llevo a la policía, una vez me hayas dicho quiénes componían tu banda. Sí, hombre: salí de Sing-Sing antes porque me ofrecieron placa de agregado al F. B. I. Pero ellos trabajan con demasiada dulzura, y tú tenías un buen abogado.

—Yo… recibía los paquetes por correo.

—Sí, y con acuse de recibo.

Inclinóse Dugan y cogió por el cuello a Vicuña. Cargólo sobre su costado, ladeándose, y después, adelantando el brazo, que pasó entre los vendajes y los muslos, alzó en vilo al que, en pie, cayó entre la obra recientemente elaborada.

Quedó prietamente sostenido por los ladrillos, asomando solamente la cabeza a ras de boca.

—Para intentar escaparte puedes decirme un hombre falso. Te

dejaré aquí y comprobaré. Si es falso, tardarás tiempo en volverme a ver, Joel Vicuña. Esta galería abandonada no tiene muchas probabilidades de que la visiten. Pasarán unos dos días en esta postura, Vicuña; y aunque te sacasen, me apuesto la corbata que al amanecer estarás ya inválido, tullido, lleno de agua y sal. Sobra cemento… Rellenaré los huecos entre tu carroña y los ladrillos.

—¡Dugan! Yo era solamente un vendedor. Ahora soy un hombre honrado, que… ¡No fui más que un Vendedor!

—Llorando así, aun das más asco. Voy a buscar el cemento que quedó allá al final de la galería.

—¡Dugan! ¡El que me daba la «nieve» era *Gin* Morgan! En la carretera de Buffalo al Niagara. ¡Lo juro! Yo no…

—Lo averiguaré. Escucha, Joel Vicuña. Yo no puedo matarte, no. Es un favor que no te has ganado. Disparo contra hombres, no contra buitres Al amanecer volveré…

—¡En la carretera de Buffalo al Niagara era Pretty Parks, la cantante del «Brides», del Buffalo, la que recogía la nieve. Ella te podrá decir qué no miento. Era novia de *Gin* Morgan. Hace ya meses que no los trato! ¡No te miento, lo juro, Chic!

—*Gin* Morgan vendía antes licores. Tendrá cerca de los cuarenta. Ella, no la conozco.

—¡Canta en el «Brides»! Tenía un contrato por un año, que renovó, porque era enorme el éxito que… ¡Lo juro!

—No me hace falta. Al juicio de Quien a todos nos juzgará quedas, Joel Vicuña. Si te pudres aquí, sabrás lo que es una muerte lenta, muy lenta, horrible; pero casi acariciante, amable, comparada con la que sufrió Mary Dugan. No grites basta que pasen unas horas; perderías el tiempo y la voz. Reserva tu voz para después. Yo no te mato, Joel. Quedas al juicio de tu providencia. Si viene alguien, podrás decirle que fui yo. Que lo demuestren. Si no viene nadie…, ¡díselo al demonio que fue Chic Dugan quien te sentenció! El cemento y la sal corroerán tus huesos, Joel… La sal irá invadiendo este ataúd…

Un grito que no tenía nada de humano salió aullante de la garganta de Joel Vicuña. Al extinguirse su eco, dijo Chic Dugan:

—Así gritaba Mary Dugan.

Cuando, dando media vuelta, empezaba a alejarse, imploró Vicuña:

—Yo te ayudaré, yo te ayudaré. Conmigo podrás coger toda la banda.

Se detuvo Chic Dugan. Y, enfrentándose con el enterrado vivo, dijo:

—Hablas con cierta posibilidad de salvarte, Joel. ¿Por qué te designó *Gin* Morgan a mi esposa?

—*Gin* Morgan me daba solamente la droga, sin designarme a nadie. Ignora quiénes reciben la droga. El y Pretty Parks se limitan a entregarla a los distribuidores… ¡Por Dios, Dugan! Sácame ríe aquí y llévame a la comisaría.

—Yo soy tu interrogador, Joel. Y le sacaré de aquí, si no mientes. *Gin* Morgan no sabe, pues, nada de que tú dabas droga a mi mujer.

—¡No lo saben ni él ni su chica!

—Entonces, ¿quién Le informaba de los lugares donde había gente desesperada a quien era muy posible colocarle el género que tú representabas en Nueva York?

—Por correo… ¡Sí, Chic! Por correo, y empleando un código, alguien, que no sé quién es, me mandaba listas. ¡Sácame de aquí, Chic!

Apagó Dugan los faros de la furgoneta. Sus pasos fueron alejándose en sentido contrario a la salida de la galería al lago.

Ululantes, los gemidos de Joel Vicuña fueron perdiendo intensidad. A pie, por la carretera, llegó pronto Dugan a Siracusa, una de las tantas ciudades típicamente norteñas.

Eran las ocho y media cuando se inscribía en el libro registro del hotel «Trade Companions». Cenó Y subió a su habitación, colocando la aguja de su reloj de pulsera despertador a las tres.

Durmió. Y a las tres de la madrugaría, volviéndose a vestir, sin encender la luz ni hacer el menor ruido, asomóse al balcón. Quietud y silencio en la obscura noche sin luna, nubosa…

Por la escalerilla de incendios llegó al patio posterior. Un perro ladró, mientras saltaba la tapia que comunicaba con la calle.

Llegó sin contratiempos ni haber divisado a nadie al sendero entre las salinas. Y a los veinte minutos entraba en la galería.

La obscuridad era completa, Avanzó, tanteando las paredes frías, hasta que la mole cuadrada con brillo del parachoques posterior anuncióle que estaba junto a la furgoneta.

No se oía nada. Encendió los faros, dirigidos contra la obra, y el entumecido Joel Vicuña chilló con ratonil chillido…

—Son muchos los buitres que han de morir, y no puedo tener tropiezos. Reza, Vicuña; y que te perdonen Allá, porque yo no te perdono.

Los ojos de Vicuña expresaban un terror infinito, ¡mientras veía a Dugan que, con ayuda de una llave inglesa, desmontaba el parachoques posterior!

Desmontado, lo empuñó, empezando a golpear los ladrillos, derrumbándolos. Como un bloque más, Joel Vicuña desplomóse de frente.

Siguió Dugan demoliendo su construcción. Y los restos, así como la paleta, el cemento sobrante y el mismo polvo de cascotes, quedó en la caja posterior de la furgoneta.

Con el cuchillo fue cortando las vendas y tiras que momificaban el cuerpo aterido. Habló:



Cruce la dos manos, Chic Dugan

—Vas a quedar libre de amarras, Vicuña. Pero has pasado seis horas atado prietamente, humedecidas las articulaciones, y estás agarrotado. No puedes moverte. No eres dueño de tus músculos, como no lo era Mary. No le explicaste a ella, al venderle la droga, lo que podía sucederle. Yo te lo explicaré a ti. Ahora te sentaré al volante y colocaré tus dos manos alrededor del mismo, cerrándolas

bien. Así quedarán. Y cuando extraigan la furgoneta del lago, te encontrarán fuertemente asido al volante. Seis horas de muerte lenta son pocas, Joel Vicuña, pero no puedo tener tropiezos.

Joel Vicuña, penetrado de frío y humedad, encogidos los músculos, no podía gritar. Sólo emitía lastimeros quejidos… Estaba loco.

En el volante, sus manos quedaron cerradas alrededor del aro. Apagó los faros Dugan y, maniobrando, fue empujando la furgoneta…, que se tambaleó unos instantes al borde, y después cayó de punta hacia el abismo del lago.

A las cuatro y diez minutos, Chic Dugan llegaba a la tapia, que escaló, y subía la escalerilla de incendios.

Durante todo el camino habíase sacudido la ropa, examinando posibles manchas de polvo o sangre. Entró en su habitación, descalzándose los zapatos de suela de crepé. Con un cepillo de dientes frotó en la americana unas manchitas rojizas. Quedó en calzoncillos y camiseta, y deslizóse entre las sábanas.

Ahora ya había aplicado la ley del Talión al primer buitre, el menos importante. Ahora tenía que vérselas con *Gin* Morgan.

Morgan, llamado «*Gin*», aunque su verdadero nombre era Jack. Un astuto maleante, sin escrúpulos, bien dotado para el crimen.

Empezó su carrera contrabandista entrando ginebra en camiones desde el Canadá. Tenía fama de valiente, y había demostrado serlo.

Gin Morgan regentaba ahora un *cabaret* en Buffalo. Y en complicidad con la cantante Pretty Parks…

Chic Dugan, en la habitación obscura, incorporóse en la cama. Tanteó, dirigiendo la diestra hacia la silla en que estaban sus dos pistolas en el cinto, que, vestido, pasaba alrededor del talle.

Tenía de pronto la sensación de que había alguien más en aquella habitación. Alguien que contenía su respiración…

Cuando ya su diestra estaba a punto de rozar el cinto, sintió en ella un contacto frío, diminuto, circular…

La boca del cañón de una automática. Una voz tenue, susurrante, junto a la cabecera de la cama, advirtió:

—Cruce las dos manos sobre el embozo de la cama, Chic Dugan.

Era una voz femenina, Y ahora divisó Dugan la silueta alta, obscura, porque vestía enteramente de negro; el rostro no habíase destacado porque cubríalo con un velo negro.

Chic Dugan sabía por experiencia que, en los primeros momentos, una mujer armada era más de temer que un hombre, porque sus nervios tensos la incitaban a disparar. En cambio, era más fácil de desarmar pasados los primeros instantes. Incorporado en la cama, cruzó las dos manos tal como la desconocida le exigía.

Y entonces encendióse la luz de la mesita de noche. La pantalla difuminó una suave claridad azul; y Chic Dugan contempló por entre sus párpados entornados a la que le apuntaba con la pistola, a tres pasos de distancia.

Una joven, de hermoso cuerpo, vestida de sastre negro, elegantemente cortado, acreditando un modisto caro. Zapatos de alto tacón, medias nylon y un velo-mantilla que no llegaba a ocultar completamente la rubia cabellera y unos negros ojos, anchos, intensamente luminosos…

CAPÍTULO IV

LA MUJER DE LUTO

Era evidente que la mujer de luto trataba de aparentar calma, pero que sus nervios estaban en tensión.

Chic Dugan permaneció tranquilo, también aparentando indiferencia. No quería que los nervios de la visitante estallasen y apretase el gatillo.

Duró unos instantes el silencio, y por fin ella dijo:

—Usted es Chic Dugan.

—Tanto gusto. ¿Es una «Webley», calibre 36, su tarjeta de visita?

—Usted es Chic Dugan, el hombre que en los barrios bajos de Nueva York tiene fama de disparar primero y preguntar después.

—Tal fama no es justa cuando de mujeres se trata.

—Usted está desesperado.

—Es posible. ¿Y qué más sabe usted?

—Yo no soy enemiga suya, Dugan.

—Amistades a prueba de bala que se presentan con pistola no las he solicitado nunca.

—Temo su primera reacción, Dugan.

—Su voz tiembla y no es hostil. Deje tranquilo el gatillo. Las «Webley» son muy sensibles y podría dispararse.

—Prométame que no saldrá de la cama.

—Un elemental pudor me hace tener presente que estoy en paños menores, y, aunque no me avergüenza mi anatomía, soy lo bastante correcto para quedarme en la cama.

Ella sentóse en la silla calzadora cercana al lecho. Cruzó en gesto

nervioso las piernas y, pasando la pistola a la mano izquierda, abrió su bolso, del que sacó una pitillera ultramoderna.

Aplicóse un canto de la larga pitillera a los labios, apretó un botón y el cigarrillo brotó va encendido, quedando en su boca.

Sus ojos —tras el velo— no se habían separado un solo instante de Chic Dugan, que, cruzados los brazos, se adosó al dosel del lecho.

—Me llamo Vivian Morton. Deseo que me escuche hasta el final, Dugan, y no me obligue a disparar.

—¿Por qué he de obligarla a algo tan perjudicial para mí?

—Es que yo…, yo sé que usted acaba de matar a Joel Vicuña.

Respiró ella aceleradamente, mientras Dugan replicaba:

—Sabe usted mucho, Vivian Morton.

Tras ella —en el sillón calzadora, sobre el asiento— estaba el cinto con las dos pistolas.

—No pienso hacer uso de lo que sé contra usted, sino todo lo contrario, Dugan. Pero usted es un pistolero, y ha emprendido un camino de venganza, en el que los obstáculos no han de significar nada. Y yo no quiero me considere una enemiga ni un obstáculo, sino todo lo contrario.

—Deme un cigarrillo, echándome su pitillera, y deje sobre su regazo la pistola.

—Le tengo miedo, Dugan.

—Y yo no puedo escucharla con la entera atención que se merece si sigue empuñando torpemente la pistola. Usted no es una agente, porque no sabe siquiera asir en forma práctica su «Webley». Si no es una policía puesta tras mis pasos, sólo puede ser dos cosas: o bien amiga de Joel Vicuña, en cuyo caso tal vez hubiese ya disparado, o amiga de alguien de Buffalo.

Ella echó sobre la cama su pitillera, y enderezó de nuevo la pistola, indicando:

—Por si tuviera la tentación de arrojarme la pitillera contra la mano armada, Dugan.

Apretó Dugan el botón y aspiró el humo, dejando que la pitillera resbalase por la cama hasta la alfombra, a los pies de ella.

—Una enfermera hizo amistad conmigo, Dugan. Me dijo que usted iba a ser libertado y que… lo celebraba, porque así exterminaría a todos los que tuvieron parte en el desdichado final

de su esposa.

—Un buen compañero esta enfermera. ¿Por qué era amiga de usted?

—Mi marido era «J-3». Estaba en el Lexington, y murió hace dos semanas. Empezó a tomar drogas, porque sus negocios le preocupaban y veíase próximo a la bancarrota. Era un hombre bueno, que sólo vivía para hacerme feliz.

—Quítese el velo, Vivian. Sus palabras me parecen sinceras; pero si puedo ver su rostro al hablarme, creo que no necesitará para nada conversar ayudándose de una pistola.

Hasta entonces, ella, para aplicarse el cigarrillo entre los labios, había alzado el velo de forma que quedara doblado, casi como un antifaz y casquete, dejando solo ver el juvenil cuello blanco y la redonda barbilla satinada. Ahora lo levantó por completo, dejándolo caer sobre sus hombros. No mostró la exótica y deslumbrante faz de una estrella de cine ni un hermosísimo semblante fascinador.

Bien dibujadas cejas, calmosos ojos negros, breve nariz, labios firmemente moldeados. Un rostro suave, femenino por su expresión de melancolía.

Y mentalmente, pensó Chic Dugan que si fuera pintor y quisiera plasmar el encanto eterno de la esposa confiada y obediente, pintaría a la rubia Vivian Morton.

Pero era un pistolero y no un pintor.

—Siga, Vivian.

—Mi marido era europeo, agregado comercial. Nuestro domicilio fijo no era el de Nueva York. Viajábamos. Y al irse complicando sus negocios, probó, casi diría que como curiosidad, la droga. Supe por la enfermera que le atendió que también Joel Vicuña habíale dado la droga. Y al saber que usted… trataría de vengarse, esperé. Y desde el día en que llegó usted al hospital, le seguí, ayudada por dos investigadores privados que despedí al tomar usted el tren para Albany. Le seguí con mi coche cuando Usted visitó a Palmer y marchó con su furgoneta. He pasado mucho miedo mientras, en la galería, le vi disparar contra Vicuña. Y después…, cuando usted le hubo enterrado vivo…, le seguí hasta

este hotel. Ocupo la habitación contigua. Y por la puerta de comunicación he entrado, cuando, despierta toda la noche. Te vi salir a las tres de la madrugada. Eso es todo.

—¿Qué se propone, Vivian?

—Yo deseo ayudarle.

—No preciso ayuda.

—Quiero vengar la muerte de mi esposo.

—Váyase, y apártese de todo esto. Una mujer no es ayuda, sino estorbo, Vivian. Yo sé que no dirá nada; pero ahora váyase, y olvídese de todo esto.

—¿Puede usted olvidar a Mary?

—Es distinto. Yo soy hombre y conozco cómo manejar a los buitres que causaron la muerte lenta. Usted es joven, mujer y sensible. Váyase, y permanezca tranquila; porque al vengarme yo, de rechazo, será usted vengada.

Ella introdujo la pistola en su bolso. Comentó:

—Si la policía viene y le encuentran estas dos armas… Yo, en cambio, podría llevárselas, ir con usted…

—Lléveselas, y me las da mañana cuando desayunemos juntos. Después la acompañaré hasta el tren. Buenas noches.

Chic Dugan, para poner en evidencia que daba por terminada la conversación, se deslizó, tendióse sobre un costado, y, arropándose, cerró los ojos.

—¿Desconfía usted de mí, Dugan? —preguntó ella, levantándose.

—Usted es como Mary. De esta clase de mujeres benditas que iluminan la vida de un hombre. Por esto mismo, apártese de mi camino. Lo recorreré solo; no preciso su ayuda. Además, tengo sueño… Buenas noches, y hasta mañana; desayunaremos juntos.

Dirigióse ella hacia la puerta de comunicación. Llevaba el cinto pistolera.

Chic Dugan durmióse al poco. Rayaba el amanecer, con gris claridad, cuando tres hombres deteníanse en el patío posterior. Uno de ellos anunció:

—Podría escapar por la escalerilla de incendios. Quédese usted aquí. Y ahora, usted y yo vamos arriba, Ferguson.

Subiendo las escaleras interiores del hotel —donde, aparte un viajante de comercio, todos dormían—. Ferguson dijo, amartillando

su pistola:

—Tenemos la llave de su puerta, pero, al abrirla, disparará.

—Entraré yo primero, Ferguson. No creo que Chic Dugan dispare tan pronto.

Chic Dugan oyó rechinar el cerrojo, y al abrirse la puerta, se aprestó a lo que fuese, saltando de la cama.

El inspector Terry Brian entró con las manos en los bolsillos de su voluminoso abrigo, calado el sombrero y serio el rostro, masticando…

—Hola, Chic.

—Hola. ¿Me trae el desayuno? Lo pedí para las ocho.

—Son las seis, y éste es el inspector Ferguson.

Entraron hasta el centro de la habitación los dos inspectores del F. B. I.

Chic Dugan aproximóse al lavabo y hundió el rostro, abriendo los dos grifos sobre su nuca.

Frotóse, se secó y procedió a vestirse. Brian y Ferguson sentábanse a cada lado de la habitación.

—Al grano, Chic. A las tres y media, un labrador con insomnio vio caer al lago de Siracusa una furgoneta. Telefoneó a la policía, y a las cinco nos despertaban para notificarnos que la draga había extraído la furgoneta, en cuyo volante estaba agarrotado Joel Vicuña. Bien; el inspector Ferguson desea estudiar de cerca la relación entre la muerte del honorable ciudadano de Albany llamado Frank Palmer y la presencia de Chic Dugan cerca del lago.

Chic Dugan estaba colocándose la corbata. Apretó el nudo, y, volviéndose, miró al inspector Ferguson.

—Ayer tarde, a las seis, visité a Frank Palmer. Quería verle. No me inspiró deseos de matarle. Tenía los suficientes enemigos para saber yo que ya estaba marcado con el signo de la muerte. Me dijo que me acompañaría para mostrarme algunos de sus coches. No le dije que era Chic Dugan. Le dejé en el puente. Paseé unos instantes y vine aquí. ¿Algo más, inspector Ferguson?

—En el garaje, el mecánico vio a un individuo acompañando a Palmer. No le pudo describir. En una factoría de materiales de construcción donde Palmer adquirió una paleta de albañil, ladrillos y dos sacos de cemento, los dos portadores vieron junto al Volante a un individuo que parecía dormir. No pueden describirlo.

—Esta descripción corresponde, pues, a cualquiera de los miles de ciudadanos residentes y de paso en Albany. ¿Qué tengo yo que ver con ello?

—Vamos a ser claros, Dugan —dijo secamente Ferguson—. A las seis, usted mismo ha reconocido que visitó a Palmer. A las tres de la madrugada, Palmer muere ahogado en su furgoneta. Tenía en la diestra un orificio, que parece producido por una bala. En la frente, unos rasguños que pudieron ser producidos por el parabrisas o culatazos… Tenía señales de haber estado prietamente atado con vendas que dejaron sus filos a trechos, marcados al rojo en el cuerpo de Palmer, ex Joel Vicuña. El forense dictaminó muerte por asfixia, ocurrida hacia las tres.

—Hora en que yo dormía apaciblemente, inspector.

Mientras, Terry Brian se limitaba a masticar, mirando en derredor. Habló de pronto:

—Esta ventana conduce al patio posterior, y hay una escalerilla de incendios. Yo sugiero la siguiente posibilidad. Hacia las ocho, tú, Chic, dejas a Vicuña en la galería, bien atado. Vienes aquí, te inscribes y subes a tu habitación después de cenar. Cerca de las tres, sales y vuelves a la galería, metes a Vicuña en la furgoneta y lo despeñas. Regresas, y asunto terminado.

—La imaginación todo lo concibe. Yo me limito a decir que tengo una descripción clara. No soy, pues, este indescriptible individuo que vieron el del garaje y los dos de la factoría.

Ferguson sacudió la cabeza con impaciencia:

—Si no tiene usted coartada para sus pasos entre seis y ocho, y entre tres y cuatro de la madrugada, pediré orden de detención contra usted, Dugan.

—¿Basándose en qué?

—En que es usted el más indicado…

—De seis a ocho, paseé, y de tres a cuatro, dormía. A usted le toca demostrar lo contrario.

—Busque por la habitación, Ferguson. Si hay armas, bastará. No tiene Chic licencia para ellas.

—Busque bien, Ferguson, Pero asimismo quiero advertirle que no puede detenerme. ¿O voy a ser menos que Joel Vicuña, al cual soltaron porque no le pudieron demostrar nada?

—Pero le detuvimos —dijo Ferguson, abriendo los cajones de

una cómoda—. Y podemos detenerle por sospechas, durante cuarenta y ocho horas, basándonos en sus motivos y su presencia en Siracusa primero, y Albany también. Palmer fue visto vivo por última vez por sus empleados, en compañía de usted. De seis a ocho de la tarde, usted no puede dar más coartada que la muy vaga de que estaba paseando. ¿Con quién?

—¡Conmigo!

Chic Dugan y los dos inspectores volviéronse para mirar a la mujer que acababa de hablar.

Vivian Morton estaba en el umbral de la puerta de comunicación entre las dos habitaciones. Vestía una bata vaporosa, de color lila, chinelas con pompón rojo, y su cabellera despeinada y sólo sujeta por un lazo, caíale sobre los hombros, transparentados por la tenue gasa.

—Chic paseó conmigo de seis a ocho. Después nos separamos, y él se inscribió a solas. Lo hice yo segundos después, y pedí esta habitación. Comprendan que hasta no estar casados, y vamos al Niagara para obtener la licencia, no podíamos entrar juntos en el hotel. Por esto cenamos separados. Pero el camarero que me sirvió podrá atestiguar que miraba con frecuencia a mi futuro esposo. De tres a cuatro de la madrugada…, estuve aquí. Ahora, si quieren, saber quién soy, telefoneen a Filadelfia, donde los Morton somos bastante conocidos y hace muchos años que nos consideran gente honorable.

Terry Brian se levantó y quitóse el sombrero. Una cosa rara en él, pero lo hacía cuando se encontraba ante una señora. Y pese a su bata y las chinelas, Brian y Ferguson comprendieron que estaban ante una mujer que nada tenía de equívoco y aventurera.

Chic Dugan admiró la presencia de ánimo de su «coartada», la cual, avanzando hacia él, cogióle del brazo. Y encarándose con los dos inspectores, dijo:

—El pasado de Chic lo conozco. No me importó. Pueden pensar que ha sido un amor muy súbito. Yo era amiga de Mary. He quedado viuda, y ambos, Chic y yo, buscamos en nuestra mutua compañía un consuelo. Si es preciso, juraré que Chic…

—Perdone —atajó Terry Brian—. Mi compañero irá a informarse sobre los Morton de Filadelfia, y tratará de que la describan a usted, señorita Vivian. Aquí le espero, Ferguson.

Cuando el otro inspector hubo salido, Terry Brian volvió a sentarse.

—¿Por qué no lo dijiste antes, Chic? De veras me alegro que un nuevo amor entre en tu vida. Comprendo ahora que tu coincidencia, en Albany y Siracusa tenga la fácil explicación de que se dirigen ustedes a Niagara Falls, siguiendo la ruta de los que quieren casarse pronto. Permítame felicitarla, señorita Morton.

Masticó unos instantes antes de añadir:

—Personalmente no creo una sola palabra de todo esto, Vivian Morton. Es demasiada coincidencia. No, no la acuso de mentir. He dicho, personalmente… Ahora bien, como investigador, acepto por muy buena la coartada. Escuche, señorita: yo conozco a Chic desde que era así…

Y Terry Brian alzó la mano a medio metro del suelo, prosiguiendo:

—Chic quería a Mary en forma especial. Reconozco que usted semejase a Mary en que es recta, sencilla, y cuando miente, lo hace bien para Ferguson, pero no para mí. Chic no está enamorado de usted. Claro, todo esto son sospechas… y no puedo probar nada en contra. Seguro que el inspector Ferguson irá aprendiendo ahora que los Morton son honorabilísimos, y usted todavía más honorable. El inspector Ferguson estimará que, siendo usted decente y cumpliendo siempre Chic lo que promete, no tiene gran importancia que efectúen el viaje juntos hasta las inspiradoras cascadas del Niagara. Y la muerte de Joel Vicuña se investigará por accidente, suicidio o posibles homicidas, descartando de momento a Chic Dugan. Esta vez has ganado, Chic.

—Si me permiten, iré a vestirme —dijo ella—. Hasta pronto, Chic —despidióse, acariciando la mejilla del pistolero.

Chic Dugan acompañóla hasta la puerta de comunicación. Regresó.

—Ella es una chica muy decente, inspector.

—Se ve, hijo. Y también lo ha visto el inspector Ferguson.

—En el Niagara, si se suicida o tiene un accidente algún otro tipo, ¿volveré a verle?

—No sé. Yo te advertí que te seguiría, Tal vez en Buffalo, si no vais al juez de paz y podéis mostrar una licencia de boda, el inspector Ferguson, que no es ningún idiota, puede empezar a

sospechar que hay algo raro en la presencia de Vivian Morton.

Oyéronse unos pasos, y entró Ferguson. Miró con cierta sorpresa a Chic Dugan. Si, era un hombre guapo, capaz de arrebatar el corazón de una rica heredera.

—Conferencia urgente con los Morton en Filadelfia. Son gente muy conocida. Se puso al aparato el padre. En efecto, su hija Vivian enviudo. Y para distraerse, viajaba. Les ha enviado telegramas desde Nueva York, desde Albany, y, anoche, desde aquí, Siracusa. No, no conocen a Chic Dugan. Y…

—Ella no deseará comunicarles la boda hasta ya realizada, Ferguson. Posiblemente sus padres tratarían de hacerla entrar en razón, debido al pasado de Dugan. Bien; redactaremos el informe referente a Chic Dugan, manifestando su coartada sólida. Ha sido una suerte, Chic. Estaremos abajo en el comedor, Chic.

Descendiendo las escaleras, preguntó Ferguson:

—¿Usted qué opina, Brian?

—¿Y usted?

—Hay una hipótesis muy plausible, Chic Dugan, a las seis de la tarde, visita a Palmer, y cuando se dirigen al puente, le hace saber que es Chic Dugan. El otro se asusta y prepara sus cosas para huir. Teme a cada instante que vuelva a aparecer Dugan. Y por la carretera, pierde el control del volante y se despeña.

—No está mal. Y hacia las siete, compra ladrillos para arrojárselos a la cabeza de Dugan, si aparece. Y tarda ocho horas en recorrer el trecho desde la factoría a la galería, desde cuya boca vio el labrador caer la furgoneta al lago. Una cosa esta clara, Ferguson: la coartada de Dugan es sólida…, mientras usted no le demuestre lo contrario.

—¿Cree usted que fue Chic Dugan, en complicidad con Vivian Morton?

—Joel Vicuña tenía muchos enemigos. Puede haberse asustado al decirle Dugan quién era él. Tomaremos ahora café para despabilarnos. Los indicios recogidos por el forense y la policía de Siracusa dan como muy plausible el accidente, esto es cuanto queda hasta ahora demostrado: que el honorable Frank Palmer ha muerto ahogado despeñándose. ¿Quién era el que le acompañaba en el garaje y en la factoría? Algún día podrá averiguarse, pero por lo que a Chic Dugan se refiere, posee un testimonio valedero.

Vivian Morton reapareció. Vestía su sastre negro, y, en vez de velo, un casquete de terciopelo, también negro, cubría en redondo su coronilla. Tenía distinción, pero ni ella ni Dugan sonreían al mirarse.

—Bien. Debo tal vez darle las gracias, Vivian; pero usted se ha comprometido. Algún día pueden acusarla de perjurio y complicidad.

—Podré, parecerle ridícula o pedante, Dugan, pero yo, que nací para amar y ser amada, al vestir este luto empecé a saber lo que era odiar sin freno, porque no cabía perdón para los rastreros que, en la sombra y valiéndose de una humana desesperación, condenaron a muerte lenta a un ser noble. Antes creía yo que dar la vida, preservarla y salvarla, era el destino de los hombres. Y que el mal era destruir vidas. Es un mal destruir vidas si pertenecen a seres como Mary y mi esposo. ¡Es un bien si son gente de la calaña de Joel Vicuña!

Su voz había ido creciendo, hasta hacerse vibrante. Chic Dugan inclino la cabeza en seco saludo:

—De acuerdo, Vivian. Ya no le digo que se aparte. Le digo que todos cuantos intervinieron en la muerte lenta de nuestros respectivos amores irán pereciendo, hasta que no quede uno solo que pueda pagar el daño que hemos sufrido. Pero… mi camino es ahora Buffalo.

—*Gin* Morgan y Pretty Parks —dijo ella—. Lo oí.

—Hay otra cosa. El inspector Ferguson querrá cerciorarse…

—Una licencia especial nos permitirá casarnos, Dugan. Lo digo así, sin aspavientos… Y vuelvo a ser pedante; estamos unidos por una venganza en común. Son unas bodas que pueden terminar en muerte. Nuestros corazones pertenecen respectivamente a los que allá murieron. Nos unimos para contra el mal y contra el
F. B. I.
, para exterminar a los que no merecen compasión, porque, como los buitres, viven de la muerte ajena. Nuestra unión es camaradería en el peligro.

—¿Las pistolas?

—Están en mi *necesser*. Después de desayunar, ordenaré lleven mi equipaje al coche.

—¿Usted… conoció de veras a Mary?

—En el sanatorio, la vi… lúcida. Era una delicada muchacha; dulce, cariñosa… Le quería a usted mucho, Chic.

—Algún día Terry Brian relacionará a Vivian Morton con la viuda del agregado comercial extranjero que murió en el sanatorio.

—Ya será cuando, juntos, hayamos exterminado… o estemos acompañando a nuestros seres queridos.

—Es usted valiente, Vivian.

—Sé sobradamente que en su compañía, Chic Dugan, no córrete riesgos inútiles; pero daré constantemente la cara a la muerte. Y no me asusta, porque odio con toda mi alma… No lo demostrare, y creo que podre serle útil, Chic. Yo no sé disparar, pero, cuantos me conocieron, me decían que yo era un tipo de mujer que a la gente honrada les inspiraba confianza, y a los maleantes, la idea de que era una fácil, cándida, propicia al engaño.

—Es posiblemente la idea que tendrá *Gin* Morgan, cuando le diga yo que es usted mi esposa. Creerá que la «cacé». No me relaciona con
«J-3
». Vamos.

En el comedor del hotel, levantáronse los dos inspectores. Señaló Ferguson el papel sobre la mesa.

—Tenga, la bondad de firmar aquí, señorita Morton. Su nombre de viuda, ¿cuál es, me hace el favor?

—Viuda de Dupuis, Jean Paul Dupuis, que murió de anemia cerebral, por exceso de trabajo.

—Puede leer lo que va a firmar, señorita.

—No es preciso. Ustedes son dos caballeros.

Por primera vez sonrió Terry Brian al ver que, manifiestamente, el inspector Ferguson sentíase halagado.

Ambos se despidieron. Y Terry Brian dijo:

—Con sinceridad, les deseo hallen mutuamente consuelo. Buen viaje.

A la media hora, en el *roadster* «Plymouth» de Vivian Morton, conducido por Chic Dugan, ambos emprendían el camino hacia Buffalo, las cataratas del Niagara, el juez de paz… y *Gin* Morgan.

Capítulo V

Una Nueva Atracción

Ambos no se hablaban, mientras el *roadster* iba devorando millas en la autopista hacia Buffalo. Chic Dugan pensaba en que *Gin* Morgan era de un temple muy superior al cobarde Vicuña.

Ella sentía como si siempre hubiera estado viajando en compañía del que llevaba el volante. Y tenía el convencimiento de que por grandes que fueran los peligros que pudieran esperarla allá en Buffalo, los evitarla yendo junto a Chic Dugan.

Al mediodía comieron en una hostería de Rochester, y el mutismo de Chic Dugan empezó a impresionar a Vivian Morton. Era un hombre muy distinto al que ella conoció pistola en mano.

Parecía, endurecerse, adquirir una frialdad distante, de granito, a medida que la autopista llegaba a la bifurcación que, al norte, conducía a las cataratas del Niagara y su pintoresco poblado lleno de hoteles destinado a parejas en lunas de miel, y al sur, llevaba a Buffalo, el gran puerto, sobré las márgenes del lago Erie.

El terreno era ya elevado. Y orgullo de Buffalo es el clima seco, fresco, el «más sano del Estado».

En la bifurcación, Chic Dugan acercó el coche, a un aparcamiento. Paró el motor.

—Bien, Vivian; ha llegado el momento de darle las gracias por su imprudente intervención. Le recomiendo siga al norte y cruce los Grandes Lagos. Adiós.

—¡Pero…! ¿Qué le sucede, Dugan? ¿Qué he hecho yo?

—Nada. Simplemente que en Buffalo usted conocería ciertos aspectos que más le vale ignorar. ¿Es que cree que *Gin* Morgan es

un caballero de los que usted solía frecuentar?

—Usted convino conmigo en que iríamos a Niagara Falls, y allí, consiguiendo una licencia especial, efectuaríamos una unión puramente convencional.

—Atienda, Vivian. Yo la excuso, porque usted ha entrado por la senda del odio y la venganza, con la juvenil petulancia de una lectora de novelas de aventuras. Pero hay algo más. Primero, no la preciso ni quiero la responsabilidad de tener que ser yo quien la acompañe en este camino, que es de muerte lenta, para ellos, pero también para mí. No son mancos ni tontos. Pude fácilmente cazar a Joel Vicuña porque era un buitre cobarde. Pero *Gin* Morgan es otro buitre de muy distinto empuje y vuelo. Segundo, una sola vez me he casado, y no tengo valor para ir a un juez de paz…

—¡Es simplemente un convenio, para evitar que la policía…!

—Ni por convenio me caso yo de mentirijillas. En cuanto a los inspectores, mi coartada está establecida. Usted, al ir acercándose a las rumorosas cataratas, se ha arrepentido, y ya está. Comprendo muy bien sus deseos de venganza, Vivian; pero yo tengo que andar sólo para andar bien.

—Esta noche le he demostrado que puedo ayudarle, Dugan.

—Pero con *Gin* Morgan las cosas son diferentes. Compréndalo… Él no hablará con tanta facilidad como Vicuña. Y en fin, que no quiero llevarla conmigo.

Bajó del coche. Del portamaletas sacó el *necesser*, abriéndolo y cogiendo su cinto, que ciñóse al talle. La larga americana no abultaba por la arqueada corva de los flexibles riñones del pistolero.

Vivian Morton se colocó al volante. Sabía que sería inútil insistir. Tocando el borde de su sombrero, Chic Dugan despidióse. Ella le vio colocarse junto al poste de parada de los coches de línea entre Rochester y Buffalo.

Pisó el acelerador casi con furia, porque el hombre de los ojos crueles, encendiendo un cigarrillo, no miraba siquiera hacia donde ella emprendía la marcha.

Y no era al norte.

* * *

Gin Morgan dormía de cinco de la madrugada a dos de la tarde,

hora en la que un masajista sometíale a prolongados sobos.

Pasaba a la ducha, iban al baño turco y volvía a la ducha. Entonces venían el peluquero y la manicura.

A las tres y media, comía en compañía de Pretty Parks, la primera atracción del *cabaret* «Brides», propiedad de Morgan.

A las cinco, iban a cualquier espectáculo, en la segunda ciudad del Estado de Nueva York, la ciudad de más tráfico al borde de los Grandes Lagos.

Los Grandes Lagos, con su enorme navegación, sus tormentas, como grandes mares interiores, donde los naufragios son constantes. Lagos que forman frontera entre el Canadá y los Estados Unidos.

Por Buffalo pasan los cargamentos de trigo canadiense. Y es el punto de unión con Nueva York, Boston y Chicago.

El Riverside —la avenida junto al lago— tiene un centenar de *clubs* nocturnos. *Gin* Morgan había conseguido que el «Brides» fuera el mejor.

Alto, bien parecido, nariz ganchuda, fuerte mandíbula, *Gin* Morgan teñía las incipientes canas. Esmerábase en el vestir, porqué, durante diez años, en su primera juventud, sólo había llevado un mono de chofer y trajes comprados hechos.

La policía calculaba que más de diez casos de muerte violenta lo habían sido por directa y solitaria participación de *Gin* Morgan, pero no podía demostrarlo.

Y *Gin* Morgan vivía en paz, porque la policía tenía el convencimiento de que las ganancias del «Brides» eran más que suficientes para que el antiguo contrabandista de licores abandonase toda otra idea de turbios negocios.

A las ocho, abríanse las puertas del «Brides». Un amplio vestíbulo acogía al visitante nocturno, y tres grandes arcos, al fondo, le daban acceso a las tres salas.

La central, pista de baile y restaurante, la de la izquierda, sala de juegos «permitidos», y la de la derecha, un salón oriental, creación de Motean, y al que debía su gran éxito el «Brides».

Era una creación sencilla, cursi. Había dos orquestas —de violines principalmente—, invisibles, que vertían constantemente melodías empalagosas.

Y el salón chino era una serie de reservados —con cortina de punquillos— destinados a albergar a las parejas de recién casados,

que allí cenaban y volvían a jurarse, por enésima vez, «eternamente», «para siempre», «te quiero».

Gin Morgan —cuyo *smoking* bien entallado realzaba su buena estatura y amplitud— saludaba amablemente a los conocidos. Sabía ser un distinguido anfitrión.

El ambiente era refinado. Y cuatro camareros especiales, que no atendían a las mesas, eran expertos en el arte de sacar de cualquiera de las salas al que pretendiera alborotar o no supiera digerir el exceso de vinos y licores.

Fue a las ocho y media cuando *Gin* Morgan —que se disponía a bajar desde sus habitaciones del piso alto, y ajustábase el lazo ante el espejo— miró interrogante a su «secretario particular», Ronny Milburn; otro *gangster* maduro y retirado, que llevaba con prestancia, al igual que su jefe, los cuarenta años.

—Una chica que quiere verte, *Gin*.

—¿Y qué con ella?

—Suave, espléndida de cuerpo, dulce voz. No es profesional.

—¿Qué quiere?

—Dice que canta. Asegura que estudió cinco años de canto.

—Llueve, ya bastante en Buffalo, Ronny.

—Viste de luto, pero con una categoría especial, *Gin*. Todo lo que Pretty tiene de provocativa, exuberante, dinámica, lo tiene esta otra chica de apacible, tranquila, y produce serenidad, descanso.

—No vienen los paganos al «Brides» para echar una siesta, Ronny. Y, sin embargo, tú tienes pupila. ¿Es la chica una amiga tuya?

—Ni idea. Primera vez que la veo. La atisbé cuando entraba. Sola, y buscando a alguien. Pero entiéndelo, no buscando una cartera de un vejete juerguista. Me acerqué: «Señora, ¿por favor, su número de reserva?». «No tengo». El reglamento nos hace prohibir la entrada a señoras solas. Esto no se lo dije, porque es una señora, *Gin*. Me limité a decirle que si deseaba encontrar a alguien, yo era tu secretario. Replicóme que buscaba trabajo como cantante. Le pregunté, qué experiencia tenía, y… Agárrate, *Gin*… ¿Sabes lo que me contestó?

—Seguro… Que venía de Europa, donde le pagaban millones, pero que prefería *Yanquilandia*.

—No. Me dijo que había cantado con gran éxito en Filadelfia y

California en reuniones sociales.

—Una Margaret Truman, vaya. Échala, Ronny, con buenos modales.

—Échale tú un vistazo, *Gin*. No se pierde nada.

Gin Morgan hacía caso de los consejos de Ronny Milburn. Encogióse de hombros.

—Llévala a la gramola.

Pasó a la otra habitación, acondicionada acústicamente. Allí dentro podía bramar un toro sin que la puerta dejara atravesar su mugido. Era muy útil para ciertas entrevistas de *Gin* Morgan.

Acomodóse en un butacón encendiendo un habano corto fabricado especialmente para él; y era entendido.

Ronny Milburn regresó acompañando a Vivian Morton. Miróla *Gin* Morgan y se puso en pie.

—Buenas noches, señorita…

—Vivian Morton. De Filadelfia. Tanto gusto, señor Morgan.

—Mío. ¿Por qué cree usted que canta?

—Tiene usted oídos, señor Morgan, para juzgar.

—Perdone si soy brusco. Pero son muchas las señoritas que, aplaudidas por la familia y amigos de la infancia, se creen cantar. Tiene usted un aspecto triste, como doliente, y en sus ojos hay un rencor contra la Humanidad.

—Vine a menos. Mi familia es riquísima, pero no autorizaron mi boda. Ha muerto mi marido… —Tembló la voz de Vivian Morton.

—Y ha elegido Buffalo porque está lejos de Filadelfia. Bien; tenga la bondad de escoger un disco. Hay desde Cab Calloway hasta la Sinfónica de Londres. Pero mi clientela prefiere, o las trepidaciones de una canción vertiginosa, o los lamentos de un tango francés.

Vivian Morton, junto al armario discoteca, clasificado, recorría el estante donde decía «Melodías italianas».

Extrajo el titulado «Isla de amor», donde en una cara leíase «cantado por Tino Rossi» y en la otra «Orquesta Mantovani».

Tendiólo a Ronny Milburn. Y cantó, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, alta la cabeza, tristes los ojos…

Al terminar la música, *Gin* Morgan murmuró:

—¡Diantre!… Usted hará llorar a las señoras y beber a los caballeros para disimular las contracciones de garganta. ¿Tiene

vestido de noche negro? Bien. Siga así, sin pintar; simplemente esbozado el rojo de los labios. Dile, al maquillador que azulee los párpados sin exagerar, Ronny. Una orquídea al talle. Nada de joyas. Liso el cuello y los brazos. La misma postura que ahora contra el piano. ¿Entendido, señorita Morton?

—Sí.

—¿Cuánto quiere ganar?

—No sé.

—Siete noches a cien dólares cada una. Cantará a las diez, dos veces. A las doce, cuatro. A las tres, dos más. Podrá irse. No tiene obligación de pasar a la sala. Si lo hace será invitada por parejas, nunca por un cliente solo. Cambie el nombre. Vivian significa vida, y usted da la impresión de agonizar. ¿Le parece bien, por ejemplo…?

Gin Morgan castañeteó el pulgar contra el medio, buscando inspiración. Fue Ronny Milburn el que dijo:

—¡Morna Tears[1]!.

—Magnífico, Ronny —aprobó Morgan—. ¿De acuerdo en todo?

—Sí.

—Acompaña a la señorita al camerino, Ronny.

Poco después regresaba Ronny Milburn. Silbó tenuemente; manera que tenía de expresar admiración o avisar peligro.

—¿Qué pasa ahora, Ronny?

—Nos la da con queso, *Gin*.

—No me hagas reír. ¿Policía?

—No. Pero te odia.

—¿A mí? Venga ya, palomino. Esta muchacha está triste, resentida contra su familia rica que no tragó al difunto marido.

—Cuando dijiste que parecía morir lentamente…

—Lo que dije es que canta agonizando. Tendrá éxito.

—Ella estremecióse, y te miró casi con asco.

—¿A mí con asco? —Gruñó Morgan, envarándose.

—Te estás haciendo viejo, Ronny.

—Si estoy vivo y a tu lado es porque tengo vista.

—Te impresionó la manera de cantar y la postura de la chica. Nada más.

—Te tiene odio.

—Si así fuera, no hubiese cantado, sino que habría disparado.

Anda, vete a ejercitar la pupila por las salas. Y dile a Pretty que no arme alboroto si la nueva tiene éxito. Dile que no es mía, sino tuya. No quiero que esta vez pase lo mismo que cuando canto aquella negra. Estuvo Pretty muy enfadada conmigo.

Riendo sin la menor simpatía, como una hiena cosquilleada, comentó Ronny Milburn, ya en la puerta:

—Estuvo diez días en cama de la paliza que le diste, *Gin*.

—¡Algún día estarás tú un año en el hospital!

Y entró Pretty Parks, apartando a Milburn de un empujón. Rubia, alta casi gruesa, mostrábase exuberante de agresiva feminidad; y aunque elegantemente vestida, era vulgar pero arrolladoramente sensual.

Sus gruesos labios tenían un mohín de desdén al decir:

—¿Quién es esta mosquita muerta que va a cantar tres turnos?

—Contesta tú, Ronny.

Desde la puerta, Milburn, cerrando los ojos, recitó:

—¡Señoras y caballeros! Suplico a la amable concurrencia un momento de atención. Ante nosotros, ¡Morna Tears!… La cantante que se muere lentamente porque rompe su alma en pedacitos a cada palabra cantada. ¡Morna Tears, la voz quejumbrosa!

—Huye —dijo agresivamente Pretty Parks, dando un paso hacia la puerta, con los puños crispados.

—Vete, Ronny —indicó Morgan, levantándose. Revolvióse ella como una furia.

—¡No cantará!

—¿Y por qué no, miel?

—Esta gata hipócrita… es de las que secretamente te gustan, *Gin*. Siempre has suspirado por tener una novia de las que aparecen retratadas en las revistas sociales. Y yo voy a dejarte para un retrato como sea lo que me figuro.

—¿Y qué te figuras, almíbar?

—¡Que es una atracción destinada a tu uso particular! He dicho que no cantara.

—Tengo la buena costumbre de zurrarte al amanecer cuando te pones tonta, cariño. Pero esta vez no me hagas romper con una vieja costumbre o no podrás cantar esta noche.

—¡Yo empiezo ya a hartarme de ser sólo la mujer que soportas porque sabe demasiadas cosas de ti!

El puño derecho de Morgan partió como una flecha, hundiéndose en el estómago de Pretty Parks que, doblándose hacia delante, con las dos manos aplicadas sobre el sitio dolorido, quejóse tenuemente…

La zurda de Morgan asió sus cabellos, obligándola a incorporarse, pese a ser para ella una tortura enderezarse entonces.

Sonriente, *Gin* Morgan la besó en lo boca. Dijo:

—No sabes nada de nada, Pretty Parks. Anda que le de masaje Nekata. Y tu sólo cantas en el tablado. Anda, dulzura, sonríe… ¡Sonríe!

La diestra de Morgan cruzo la mejilla de la mujer, que empezó a sollozar entre hipidos de furor y miedo. Empujóla Morgan, y ella cayó sobre el sota.

Rectifico su lazo y el ajuste de sus solapas ante el espejo.

—Tienes ya treinta y cuatro años, encanto. Vivirás de renta, si no olvidas que a mí, a *Gin* Morgan, no hay quien le amenace.

Gin Morgan salió de la habitación, y poco después, inclinándose ante una dama ya entrada en años, hizo algunos comentarios que, al marcharse, provocaron en la madura cliente una definición:

—*Gin* pudo ser un hombre peligroso, pero ahora es la personificación de la delicadeza y la galantería.

A las once, cuando ya había efectuado su primer turno de canto Vivian Morton, obteniendo muchos aplausos, Ronny Milburn hizo a *Gin* Morgan la seña convencional.

Estaba cantando Pretty Parks una canción de ritmo alocado, exhibiendo en alguna contorsión sus bien torneadas piernas, aunque de vez en cuando, sin venir a compás, acariciábase el estómago.

Gin Morgan acudió junto a la columna donde se reclinaba su lugarteniente. Esperó a que terminara la canción.

—Aquel tipo, *Gin*. Mesa quince, lateral sur.

—No me gusta. Le vi entrar.

—Tiene unos ojos que me recuerdan algo.

—Las películas de generales chinos.

—Es un «recio», *Gin*. Te lo digo yo.

—No hace falta mucha pupila para ver que no es un cordero.

—Deberías sondearle.

—Creo que sí.

Chic Dugan consumía lentamente su tercer combinado de

naranja, nata y ginebra. Elevó la vista al aparecer junto a él *Gin* Morgan.

—Buenas noches, señor. Permítame indicarle que a su soledad tal vez le sería más conveniente la sala de juego. Es usted forastero… Posiblemente del Oeste.

—Del Este. Vengo de
Sing-Sing
.

Sonrió Morgan como si acabase de oír el chiste del año, emitiendo después una breve carcajada.

—Razón de más para buscar agradable compañía. Soy *Gin* Morgan.

—Diez años de conductor de camión, ocho de contrabandista, y dos de propietario del «Brides», *Gin*. Buena carrera, pero eliges mal tus muchachos.

Desapareció toda amabilidad del rostro de *Gin* Morgan. E iba a hacer el gesto llamando a los expertos en echar a indeseables, cuando Chic Dugan le atajó tocándole el codo:

—Dame una copa en tu despacho, *Gin*. Ayer noche estuviste a punto de ser vendido.

Ronny Milburn estaba ya junto a la mesa. Dijo:

—Usted… ¡es Chic Dugan! Ya he caído, *Gin*. Le dieron la primera plana hace cuatro años y medio, cuando cargóse a cinco en la carretera norte de Nueva York.

Gin Morgan, ceñudo, replicó:

—Vaya con Milburn, Dugan. Vengo enseguida.

Chic Dugan, en el despacho, miro en rededor.

—Elegante, mucho más cómodo que el asiento del camión. Usted es Ronny Milburn, el que se cargó a «Slim» la noche en que yo patine con el camión cerca de la frontera. Slim era su hermano, ¿no?

—Oh, bueno; era ele distinta madre, ¿sabe? ¿Y cómo se enteró, Dugan?

—En la cofradía del Bronx, en las «camas calientes», que nunca se enfrían porque cada seis horas hay un nuevo dormilón que echa al otro. Yo eche a uno que luego me ayudo, y hablóme de usted.

Entro Morgan, ceñudo, hosco, y fue a sentarse tras la mesa.

—Tus herramientas, Dugan. Déjalas en el suelo.

Levanto Dugan las dos manos, y replicó:

—Que me las quite tu perro, y así sabré que no somos amigos.

—Cuestión de tranquilidad, Dugan. Tienes las manos muy rápidas, y no te veo claro… todavía.

—Sois dos, y nunca habéis sido claros.

—No estás en el Bronx, Dugan. ¿Por qué crees que te tengo que aguantar las chulerías?

—Porque yo no vine a buscarte. Fuiste tú el que vino a palparme.

—Ni Ronny ni yo llevamos armas, Dugan.

Descruzó Dugan su americana y desabotonó el cinto dejándolo resbalar hasta el suelo y empujándolo con el pie hacia un rincón. Fue a sentarse, teniendo a un lado, a tres pasos, a Ronny Milburn y en frente a *Gin* Morgan.

—Hablaste de que anoche me iban a vender.

—Has querido demostrarme lo que ya sabía. Que estás en tu casa, y que eres mayor de edad. ¿Por qué crees que te tengo que aguantar las preguntas?

—Terreno neutral, Chic —intervino Ronny Milburn—. Los cuatro años en
Sing-Sing
te han… ¡Eh, jefe! Éste cascó doce años de condena…, ¡y está aquí!

Los grises ojos de *Gin* Morgan brillaron alegremente:

—¿Buscas escondite, Chic?

—El Canadá está a distancia de cinco millas de agua, *Gin*.

—Los papeles no han dicho nada de tu fuga.

—Ni lo dirán.

—¿Por qué viniste a verme, Chic?

—¿A ti, de qué?

—Estabas en mi *cabaret*.

—Haciendo tiempo para a la madrugada coger el *ferry*.

—En el *ferry* hay nubes de polizontes.

—Si sabes sumar —y Dugan señaló el cinto con las dos pistolas —, ahí tienes dieciséis polizontes menos, si me quieren atajar el paso.

—Es mucha casualidad que nos tropecemos…

—Yo no te busque.

—Me pediste una copa.

—Para decirte que con toda tu fama eliges mal a tus muchachos.

—Aclara.

—¡Yo tenía un asunto pendiente con Joel Vicuña…!

A la vez, Morgan y Milburn avanzaron el busto.

—Joel Vicuña debíame dos mil. Me los tenía que pagar en una fecha en que yo estaba entre rejas. No une envió el dinero. Fuí a visitarle y le metí el miedo en el cuerpo. Pedirle cinco mil, por aquello de los intereses. Me dijo que iría a buscarlos a la mañana siguiente al Banco. ¿Os dais cuenta? Puso excusas… Que si había trabajado contigo, y que fracaso; que la Policía le vigilaba porque metía paquetes de nieve por Nueva York; que no tenía dinero… Pero que tú, que eras el que con Pretty Parks le dabas los paquetes…

—¡Valiente cerdo! En mi vida hablé con Joel Vicuña… ¿Verdad, Ronny?

—No nací ayer, *Gin*. Empecé a los diecisiete a pasar por la frontera paquetes mayores. Eran diamantes que no pagaban arancel. Me tiene sin cuidado que conocieras o no a Joel, y que le dieras o no género. Yo iba a por cinco mil, y también Joel se creyó que era yo un novato. Esta madrugada, hacia las tres y media, Joel Vicuña suicidóse.

A la vez, *Gin* Morgan y Milburn suspiraron como aliviados.

—¿Una copa, Chic? Dale este coñac viejo para los amigos, Ronny. ¡Vaya, con Chic Dugan!… Yo no sé quién es Joel Vicuña; pero si te hizo una, bien hiciste de liquidarle.

—Joel Vicuña se suicidó.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y qué? ¿Buscas trabajo?

—No. En el Canadá me sobrarán ofertas. Tengo conocidos de antiguo. Además, yo no sé tocar el saxofón ni servir mesas ni manejar el naipe. A tu salud, *Gin*. A la tuya no, Ronny, porque has estado empuñando una porra de goma desde que entré aquí dentro.

—¡Este muchacho se las sabe todas! —rió Milburn—. Escucha, Chic, no contigo. Yo me limito a no perder el sentido mientras hay alguien «recio» en la casa.

—Eres un imbécil, Ronny. Yo podré ser un amargado, pero no tengo nada contra vosotros. Nunca nos hemos cruzado en el negocio. Y además, debías saber que cuando tengo inquina, primero…

—¡Ya sé! Chic Dugan dispara, y después pregunta. ¡A tu salud, Chic! —sonrió Morgan, alzando la copa. Bebió, añadiendo luego—: ¿Cuándo te largas?

—A las tres. Es mi hora preferida, por aquello del *vals*…

—¿Y si yo te ofreciera trabajo? Un buen trabajo…

—Estoy de vacaciones, *Gin*. De reposo.

—Yo creí que te habría bastado con
Sing-Sing
.

—Creíste mal. Yo soy un chico honrado.

Rieron los tres. Y Dugan levantóse agitando la mano.

—Adiós, y suerte.

Se inclinó para recocer su cinto, ciñéndoselo. Las dos pistolas quedaban atrás.

—Mal sitio, Chic. Lo primero que hace un polizonte es tantearle a uno las nalgas.

—Eso era antes, Ronny. Ahora, la primera lección que les dan a los aspirantes a cadáver es decirles que la mala gente lleva la herramienta bajo el sobaco. Adiós.

—A las tres tomaremos otra copa, Chic. Y puedo prestarte los dos mil.

—Eran cinco mil.

—Bueno, bueno. Tal vez hasta pueda prestarte los cinco mil. Hasta luego.

Apenas hubo salido Chic Dugan, abalanzóse al teléfono Ronny Milburn. Marcó cinco números. Esperó, aplicándose la boquilla contra el pecho, después que una telefonista hubo preguntado:

—¿Conferencias?

Respondió Milburn:

—Con Manistee, Michigan. El reverendo Angus Henderson.

Gin Morgan repiqueteaba con los dedos sobre la mesa.

—Un buen elemento, Ronny.

—Puede que sí, puede que no, *Gin*. Si está escapado, si busca dinero, ¿por qué finge no aceptar tu oferta de trabajo?

—Para darse más tono.

—O para querer demostrarte que no quiere saber tus secretillos.

—Esta noche estás muy desconfiado, Ronny.

—Mis desconfianzas te deben agradar, *Gin*. No es la primera vez

que un «recio» se vende a la Policía.

Hizo con la mano un gesto, y aplicóse el auricular al oído.

Allá en el puerto sobre el Lago Michigan, un pastor protestante, joven, apuesto, de semblante severo, hablaba:

—Aquí, el reverendo Henderson.

—Milburn, señor. Uno de sus feligreses llamado Chic Dugan nos ha visitado. Puede ser útil o puede ser un embustero.

—Informaré.

Colgó Milburn, comentando:

—En cuatro horas sabrá Henderson si Chic Dugan se ha escapado o no, y si busca la pista de la nieve. Ya sabes que dan cincuenta mil billetes al que desorganice nuestra banda. ¿Por qué mató Dugan a Joel? Se hubiera ganado cinco mil con sólo traerlo y decir que él había cantado que repartía nieve.

—Henderson nos aclarará las intenciones de Chic Dugan. Le bastará comunicar con Nueva York. A veces perdemos tiempo con tanta organización. ¿Por qué no podemos saber nosotros quién es el que en Nueva York entrega las listas al que reparte?

—Lo que no se sabe, nunca perjudica.

Angus Henderson envió un telegrama urgente a Nueva York. Su texto era altamente edificante e intelectual.

> *«Remita urgente lista ediciones hebreas para donativos de misales a pobres feligreses.*
>
> *Reverendo Henderson».*

Pagó triple tasa para que el telegrama fuera entregado urgentemente. La dirección decía:

> *«Librería Central Park, Manhattan. Entregar Cyril Morton».*

CAPÍTULO VI

PRETTY PARKS

A las doce en punto de la noche, en la librería de ediciones antiguas y difíciles de encontrar, instalada en Central Park de Nueva York, en la isla de Manhattan, separada del barrio de Bronx por uno de los brazos del Hudson, un hombre cuyo rostro era la perfecta imagen del gastrónomo amante del buen comer y apacible vivir, descifraba en su despacho el telegrama remitido desde Michigan.

Leyó:

> *«Chic Dugan puede ser útil según Morgan. Espero informe».*

* * *

Chic Dugan deambuló por la sala de juegos «permitidos». Sabía que Morgan y Milburn estarían inquiriendo de algún lugar si convenía que ingresase en la Organización.

La «cadena» era la base esencial para el tráfico de estupefacientes. Hasta ahora, Joel Vicuña, el que repartía en Nueva York, habíale conducido a Morgan, que era el que le entregaba por mediación de Pretty Parks la droga.

A su vez, y posiblemente desde el Canadá, recibía Morgan la droga. Y en Nueva York estaba el más odioso de todos ellos. El que hacía las listas de los probables «clientes».

Faltábale, pues, por saber las identidades del que enviaba a Morgan, y del que en Nueva York entregaba la lista al repartidor domiciliario.

Una hermosa rubia, opulenta, sensual, acercósele sonriendo:

—Hola, Dugan. Estás solo y te aburres. Soy la novia de Morgan.

—¿Te envía él?

—No. Te vi marchar hacia el despacho con el asqueroso Milburn. Y oí su exclamación cuando te reconoció. Eres muy guapo, Chic. Sí, señor… Un chico guapo de ojos perversos.

—Tú no estás del todo mal —dijo secamente Dugan.

Ella rió, francamente, divertida.

—Tienes cara de funeral, Chic; pero me gustas.

—Me tienes loco apenas te he visto, Pretty. Pero soy un chico tímido, sobre todo cuando llevas la etiqueta de propiedad a nombre de *Gin*.

—Tienes el diente duro, Chic. Me gustas. Te invito a bailar. No se enfadará *Gin*, aunque este privilegio de bailar conmigo es motivo de envidia. Son muchos los que me encuentran magnífica.

—Y lo eres. Además, modesta.

—Hace bastantes años que me oigo llamar magnífica a todo pasto. Alguna vez, otro más original me llama soberbia o imponente. Hubo uno que tras escarbarse las meninges quedó agotadísimo después de declararme que yo estaba jamón.

Cogida del brazo de Dugan penetró ella en la pista de baile. Tocaban una rumba. Cadenciosamente, ella, mientras bailaba, susurró:

—Mataste a cinco, Chic. Y estabas solo.

—No. Había otros dos conmigo.

—Pero murieron al empezar el fregado. Eres alguien, Chic.

—Lo fui. Ahora voy de incógnito.

—¿Al Canadá?

—Estoy en Cuba bajo una palmera, y me deleitan las rubias rumberas. ¿Te pisé? Has puesto cara de vinagre repentinamente.

—Calla, Chic; es que acabo de ver a la niña pilonga… No te quita el ojo de encima. La has conquistado.

—Niñas pilongas sobran en la sala, Pretty. Por eso mismo tú contrastas. Eres fuego, llama, volcán…, y una pobre mujer al fin y al cabo.

—¿Qué es eso de insultar?

Acabó el, baile. Ella precedió a Dugan hasta una mesa en un estrado, tras la orquesta.

—Repite eso, cara de verdugo. ¿Yo soy una pobre mujer? Mira esos diamantes. Valen diez grandes. Y este collar, ocho. Y esta sortija, cinco. Y esta…

—Ya veo que estás hecha un escaparate, Pretty, Pero ¿a qué acierto al decirte que muchas noches echas de menos el collar de perlas falsas de a noventa centavos que te compró tu primer novio, el que te engañó?

—Estás de un guapo subido cuanto te pones romántico, Chic.

—Eres una desgraciada como yo, y como todo aquel ser humano que escogió el camino fácil. Nos damos cuenta de que somos desgraciados cuando tropezamos con una persona decente.

—Estamos tú y yo solos, Chic. No veo, pues, dónde está la decencia.

—Anoche conocí a una mujer limpia de alma. Claro que nació rica, pero no importa. Es de las que hubieran fregado pisos antes que ser Pretty Parks.

—Oye, rico; todavía no sé si me estás insultando o me tienes ley. ¡Al diablo las almas limpias! Yo tenía mucha vergüenza el primer día que mi novio…, a ti puedo decírtelo…, hace ya dieciséis años, me pidió un beso. Tardé diez días en dárselo. El pobre estaba ya arrepentido de habérmelo propuesto, y casi tuve yo que besarle a la fuerza, simulando estar medio desvanecida. Hace dieciséis años, fíjate… Ha corrido mucha agua bajo los puentes. Era gracioso aquel muchacho… hasta que me dejó para casarse con otra, tal vez muy limpia de alma, pero menos sincera y menos mujer que yo. Los hombres sois todos muy graciosos. La que os da su amor sin remilgos pasa a ser después una desvergonzada. Bueno, eso era cuando yo tenía dieciocho añitos. Sois graciosos los hombres.

—Si tan graciosos somos, no rías así, Pretty, porque tienes los ojos mojados.

—¡Mojado tú, cara de traidor chino! Me hablas así tan gravemente casi como si estuvieras al pie de mi ataúd…, que me has dado por un instante algo de miedo.

—En joyas sumas veinte mil dólares mal tasados. Lárgate, Pretty, lejos, y compra una granja. Pones cuatro vacas; y cuando

éste la granja pagada te saldrán maridos a docenas. Anda, hazme caso; vete a ordeñar vacas, y lárgate de aquí.

—Estas como una cabra, ya que de vacas hablas. ¿Es que tengo yo aspecto de moza de establo?

—No. Hueles a perfume francés fabricado en Chicago, pero hay otro olor en ti que no adivinaran tipos como *Gin* y Ronny. Hueles a pecadora a la fuerza, hueles a mujer decente si encontrases esposo. Y no lo encontrarás aquí, Pretty Parks. Aquí… encontraras un pase para el hospital, el asilo de borrachas; o tomaras nieve. Y si me aprietas mucho, te diré que aquí vas a encontrar un plomo loco que acabará con tu estatuaria belleza matronil, hazme caso, Pretty.

Ella apoyó los codos en la mesa, clavó los ojos dilatados en el duro semblante anguloso del pistolero, y musitó quedamente:

—Has venido a cargarte a *Gin*… ¿Por qué?

—Tonterías. Yo soy el que dispara antes de hablar…

—Depende. Tal vez tengas primero que hacer hablar a *Gin* antes de dispararle. Y eso no lo conseguirás. *Gin* no hablaría ni delante de tres leones con ametralladora, ni metido en una jaula con un oso. Eso te lo digo yo.

—Cuídate, Pretty. Ves ya fantasmas.

—Llevo más de quince años entre pistoleros. Y les adivino la cara que llamo de «entierro». Tú has venido a matar, Chic Dugan.

—Nunca he tenido la cara de un payaso divirtiendo a los demás, guapa. Hazme caso y lárgate… antes de las tres de la madrugada.

—Me gustas, Chic. Eres noble y con mucho hígado. Ahora yo voy a hablar con *Gin*. Sí, señor… Y estamos en una sala donde hay cerca de cien perdonas…

—Vete, desgraciada. Lo que tú sabes de *Gin* será la papeleta de la funeraria. *Gin* se mira en el espejo y se encuentra guapo, esbelto y muy distinguido. Y con el dedo dibuja la edad que tienes. Empieza tú a pensar en que con este mismo dedo un día te apretará la nuez del cuello. Sabes demasiado para él, Pretty.

—Y tú también. ¿Conque a ordeñar vacas, eh, cara de asesino?

—Lárgate ya. Empiezas a ponerte tonta, y me ha pasado el momento de debilidad. Adiós, y que te parta un rayo.

—A ti te partirá primero. Ésta es mi mesa… Y ¡no te vayas, Chic, no te vayas! Tengo miedo. *Gin* es un bestia, pero desde que le conozco he metido en el Banco treinta mil de ahorros.

—No hay ataúdes que valgan este precio, Pretty.

—Estoy muy viva.

—Hasta las tres de la madrugada, Pretty. Entonces, para mí, tú serás la que envió a mi mujer a la muerte lenta. Nadie puede oírnos, y quiero que sepas los detalles para que vayas a contárselos a Crin Morgan. Yo encontré a esta mujer limpia de alma que hizo de mí otro tipo. Cuando la veía sonreírme me daba frío en la nuca, Pretty. Tienes permiso para reírte. Un frío de miedo, porque temía que se echase a volar hacía este cielo que dicen nos consuela de haber nacido en la tierra. Y se echó a volar… riendo locamente, mordiendo, echando espuma por la boca… Bah, ¿qué importa? La muy necia estaba desesperada porque mi condena era larga. Y era muy necia porque me quería. Joel Vicuña dióle esta asquerosa, mezcla que tú entregabas en la carretera. Joel Vicuña ha tenido el honor de hacerme reír mucho. Chillaba, y durante siete horas chilló, arañó, fue muriendo lencamente. Ahora he venido a por *Gin* Morgan. Anda, lárgate, y díselo.

—Claro que lo haré. ¿O es que te pensabas que me ibas a hacer llorar de pena contándome tu…? *Gin* Morgan no te dirá quién le da la droga. Y yo menos.

—Tú no traicionas porque eres, como yo, un ser desgraciado, Pretty. Pero a las tres de la madrugada, cuando cerréis este antro elegante, y sólo quede el juego, empezara otro juego. A *Gin* Morgan, la buena vida le habrá quitado agilidad. El no hablara, pero te apuesto diez a uno a que Milburn canta de plano.

—¡Milburn es un cobarde! Pero no acabo de entenderte, Chic Dugan. ¿Por qué me has dicho todo esto a mí?

—Porque yo no soy un verdugo de mujeres. Hasta las tres tienes vida, Pretty. Después serás una más de la banda de buitres. Y para mí una más a quien darle muerte lenta. Y te he hablado así porque en el Bronx todo se sabe. Me han dicho que cada mes envías dos mil a tus viejos. Los vi. Dos pobres judíos arrugados que piensan que tú eres la mejor artista del mundo, la hija más cariñosa. Yo no conocí a mis padres. Pero creo que los tuyos estarían embobados viéndote cantar para las gallinas, y rumbear apartando con las caderas a las vacas, hay un tren a las dos para Nueva York, Pretty. Llévate a tus padres lejos de los Estados. Y cuando consigas olvidar que has conocido a tantos pistoleros, y tu granjero de marido te dé alguna

paliza de vez en cuando al ponerte tu nerviosa, estarás en la gloria. Y ahora acabóse la última debilidad de Chic Dugan.

Ella murmuro:

—Muy listo, ¿no? Crees seguro que ahora haga las maletas y me voy. Ya, ya…

—Tú no cantarías la verdad de quiénes son los otros de la banda aunque te derritieran las carnes a fuego lento. Eres así de idiota. Y tal vez por eso mismo, y porque vi a los dos viejos judíos llorando cuando les dije que eras una artistaza, estoy así de tierno. Lloraban con un orgullo enorme. Y entonces no sabía aún que tú eras la que entregabas la droga a Joel Vicuña.

—A las tres de la madrugada, *Gin* Morgan te meterá un cargador en el cuerpo. Y también tú eres un falso reverendo…

Se interrumpió ella llevándose la mano a la boca, como si quisiera atrapar las dos últimas palabras. Dijo rápidamente:

—Cuando te echen al lago cribado como un colador bailaré…

Los ojos de Chic Dugan se entornaron, y ella apresuróse a decir:

—Gracias de todos modos, Chic. No moveré un dedo a tu favor ni en contra. *Gin* sabe componérselas a solas. Y ahora me voy a cantar… Pero un *booggie*. Deshojaré rosas sobre el lago mañana tarde.

Chic Dugan parecía ya muy lejano. Y ella titubeó al levantarse.

—Vete, Chic. El mismo tren que sale a las dos para Nueva York sirve para ti.

Chic Dugan miraba su vaso al trasluz. Era jugo de naranja; pero la luz mitigada daba resplandor rojizo a su mano. Estremecióse ella.

—Chic… Óyeme, muchacho. Gracias por haberme hablado así. Gracias. Pero yo ya no puedo… ¡Adiós!

Y la orquesta lanzó un alarido salvaje. En la pista, riendo, agitando manos, hombros, caderas, pies y cabellos, Pretty Parks cantaba un desenfrenado *booggie*.

—Dugan…

No movió un solo músculo Chic Dugan al ver a quien le interpelaba. Vivian Morton sentábase, ante él. Vestía de negro, en redondo escote la blancura de sus hombros.

—Largo de aquí, Vivian. No nos conocemos. Si acecha Milburn o Morgan, te estás cavando la fosa.

—Están en el despacho. Os seguí, y cuando tú saliste, penetré en

el cuarto de al lado. Telefoneó Milburn a Michigan, un pueblo llamado Manistee, a un reverendo llamado Angus Henderson. Dijo que les aclararía tus intenciones, Dugan. Lamentóse Morgan de no saber quién era el que en Nueva York informaba…

Chic Morgan distendió sus crispadas mandíbulas. Comentó:

—Está visto que menosprecié tu ayuda, Vivian. Vete de aquí; y en el coche espérame en la carretera al Niagara, milla cuatro. Iremos a visitar al falso reverendo.

—¿Falso?

—Te explicaré después. Vete, que está terminando Pretty.

Ella se levantó deslizándose tras una cortina. Chic Dugan encendió un cigarrillo.

Pretty Parks dirigióse hacia el despacho que en la planta baja servía para «liquidaciones» monetarias, control de cheques y préstamos a jugadores perdidosos.

Entró ella en el despacho.

—No actuaré el último turno, *Gin*. Me encuentro algo enferma. Voy arriba a echarme un poco.

—Como quieras. ¿Qué te pasa? Estás muy pálida, y como asustada.

—Nada me pasa. Estoy cansada, y eso es todo.

—Pues descansa, mi vida; descansa.

Abandonó ella el despacho. Ronny Milburn rascóse la sien.

—Vas a volverme a decir que veo fantasmas, pero Pretty no está natural esta noche.

—Empiezo a creer que la presencia de Chic Dugan te está poniendo nervioso. Vete a las salas. Yo esperaré aquí la llamada de Henderson.

En su habitación, Pretty Parks tendióse en la cama boca abajo. Pasó lentamente la media hora en que reflexionaba sobre cuanto habíale dicho Dugan.

Y tenía el convencimiento absoluto de que cuando, a las tres de la madrugada quedasen desiertos el salón chino y la pista de baile, habría llegado el momento en que Chic Dugan dispararía.

Febrilmente se decidió. Quitóse el vestido de noche, revistió otro de calle, apartando un chaquetón, y empezó a rellenar una maleta con lo más apreciado de su vestuario. Dolíale tener que abandonar muchas prendas, pero amaba más su vida; y si a las tres de la

madrugada estaba en el «Brides», la mortaja iba a ser su último vestido.

Introdujo en un maletín varios objetos. Y entonces pensó en el mejor medio de abandonar el «Brides» sin ser vista por nadie.

Estaba nerviosa porque temía que su inquietud hubiese sido apercibida por Ronny Milburn, su enemigo, envidioso de que ella ocupara junto a *Gin* Morgan una situación destacada.

Se acercó a la ventana, repicando en los cristales con la mano. Lo mejor sería abandonar el «Brides» después… Encerrarse ahora en la habitación, y esperar que amaneciera.

Pero si se quedaba y moría, Chic Dugan o *Gin* Morgan, la Policía apresaríala hasta aclarar. Dirigióse a la mesita de noche y cogió una cajita diseñada en forma de cofre de joyas.

Introdujo una llavecita, y la cerradura de seguridad cedió abriéndose la cubierta. Había en el raso azul del interior una pequeña automática de cinco balas.

La cogió colocándosela entre el broche del portaligas y una liga de suplemento que rodeó el cañón.

Le sería fácil abandonar el piso bajando por la escalera de servicio. Llegaba a la puerta, que abrió, cuando soltó las dos maletas lanzando una exclamación asustada.

Reclinado contra el dintel estaba Ronny Milburn.

—¿Vas de viaje, reina?

Ella retrocedió y de pronto, agachándose, llevóse la diestra al muslo. Saltando hacia adelante, Ronny Milburn abatió sobre su cabeza la cachiporra de goma.

Desplomóse Pretty Parks, mientras Milburn, inclinándose, le arrebataba la pistola. Se dirigió al teléfono interior.

—Sube a la habitación de Pretty, *Gin*. Quiere despedirse de ti.

Cuando Pretty Parks recobró el sentido, llevóse las dos manos a la magullada cabeza. Estaba sentada en un escabel sin respaldo. Tras ella encontrábase en pie Ronny Milburn.

Frente a ella, sentado, *Gin* Morgan.

—Las dos maletas, la pistola en la liga… Dime preciosa, ¿qué es todo esto? —inquirió suavemente *Gin* Morgan.

—Me iba a tomar un descanso. Hubiera bajado a decirte «hasta la vista, *Gin*».

—Ya. ¿Se pasó tu enfermedad? Dale marcha, Ronny.

Desde atrás, Milburn asió una muñeca de Pretty Parks y empujó el antebrazo hacia arriba. Mientras su mano izquierda abofeteaba a diestro y siniestro la blanca faz.

—Bueno —ordenó Morgan—. Está ya más blanda. ¿Por qué te ibas, Pretty?

—Ya te dije que… ¡No, *Gin*! Es que tengo miedo de Chic Dugan.

—Dijiste hace unas horas que sabías mucho de mí, y que yo te aguantaba por esto mismo. ¿Acaso es que Chic Dugan es un soplón, que ha venido a sonsacarte?

—No.

—¿Por qué te ibas?

—Tengo miedo, *Gin*.

—Llévala al despacho contigo, Ronny. Quédate con ella hasta que aclaremos a qué ha venido Dugan.

En la sala de baile, Chic Dugan vio como iba disminuyendo la concurrencia. De vez en cuando, desde lejos, paseando, *Gin* Morgan dedicábale un gesto amistoso.

Faltaban diez minutos para las tres de la madrugada cuando Ronny Milburn, que vigilaba a Pretty Parks, sentada en un rincón del despacho, asió el teléfono, que repiqueteaba.

Escuchó la voz de Angus Henderson desde Manistee.

—Feligrés por el que preguntó, sumamente peligroso, Milburn. No sólo no es digno de pertenecer a nuestra digna cofradía, sino que es viudo de una feligresa que falleció en Nueva York, pese a estar atendida por el doctor Joel. Es de todo punto necesario que procedan a alejarlo con las debidas precauciones. Queda esto a cargo de ustedes, y no es preciso me comuniquen resultados. Adiós.

Milburn colgó, para coger acto seguido el teléfono interior, llamando a un camarero, a quien comunicó que avisase inmediatamente a Morgan para que acudiese al despacho.

Faltaban cinco minutos para las tres cuando llegó *Gin* Morgan.

—Ha telefoneado. Lo que me creía, *Gin*. Es un soplón. Murió su esposa. Tomaba droga que le dio Joel Vicuña. ¿Comprendes ahora? Dugan viene a liquidarnos.

Miró Morgan su reloj de pulsera.

—Son cerca de las tres. Ya casi no queda nadie. Daré orden que cierren la sala de juego pretextando orden superior. Mientras haya gente no podemos atajar a Dugan. Y en cuanto a ésa… Está ya

claro. ¡Perra traidora! ¿Qué le dijiste a Chic?

—Nada, te lo juro, *Gin*… Yo…

—Críbala, Ronny. La echaremos al lago con Dugan con un quintal de hierro a la cintura para que no suban a flote.

Ronny Milburn sacaba ya su pistola, aplicado al cañón el silenciador. Pretty Parks se debatía arañando el brazo derecho que rodeábale el cuello, mientras contra su boca aplastábase la mano del pistolero.

Gin Morgan salió del despacho, yendo a la sala de juego.

Ronny Milburn aplicó la boca del silenciador en un costado de Pretty Parks. La mano izquierda de ella se introdujo en el bolsillo de la chaqueta de Milburn, donde antes colocó él la pistola de ella.

Ambos a la vez apretaron el gatillo. Pretty Parks, a través de la tela del forro, sin sacar la mano…

Los silbidos y el humo acompañaron la expresión de estupor con la que Milburn contempló el semblante contraído por el odio de Pretty Parks.

Cayeron lentamente los dos, juntos, rodeando el brazo de Milburn el cuello de la que, introducida la diestra en el bolsillo de la chaqueta masculina, seguía disparando…

En el suelo quedaron uno junto a otro, en postura forzada, prietas las culatas.

Gin Morgan iba viendo desfilar a los pocos que habían quedado en la sala de juego. Buscó con la mirada a Chic Dugan.

Los secos estampidos de los disparos de la pistola de Pretty Parks alertaron a algunos. Apresuróse Morgan a explicar:

—Algún escape de coche. Buenas noches. Hasta mañana.

Respiró cuando, al salir el último diente, vio acercarse a Chic Dugan, viniendo del estrado. Los músicos y camareros se iban.

Acudió corriendo Uno de los cuatro matones.

—¡Jefe! Pretty y Ronny, en el despacho, han…

—¡Calla! No has visto nada. Vete. Espera con los otros afuera. Te llamaré si te preciso. No has visto nada.

Alejóse el pistolero, y Chic Dugan comentó:

—¿Qué sucede, *Gin*?

—No sé. Vamos a ver.

Juntos, uno al lado del otro, se dirigieron al despacho. Abrió Morgan la puerta y entró.

—¡Ronny!

Pero en el suelo, Ronny Milburn permanecía con la inmovilidad de la muerte, abrazando por el cuello el cadáver de Pretty Parks.

Arrodillóse junto a los dos *Gin* Morgan, tocándoles la sien.

—Muertos —dijo, levantándose.

—A la vista estaba. Mal asunto, *Gin*.

—Tengo que sacarlos de aquí. Se odiaban… Tengo que sacarlos… Me hundo si los encuentran en este despacho, Chic. Oye, ya he obtenido los informes que quería. Puedes trabajar conmigo. Te daré diez mil. Pero ahora ayúdame a sacarlos de aquí.

—Tienes fuera cuatro de tus matones. Ellos te ayudarán.

—Me tendrían cogido. Podemos salir por la puerta de atrás, Dugan. Los llevamos al lago…

—Ya. Eso fue seguramente lo que no esperabas que iba a suceder. No contabas con esta doble muerte. ¿Y qué te comunicó el falso reverendo Henderson, *Gin*?

Gin Morgan pestañeó. Ambos estaban separados por los dos cuerpos en el suelo.

Inclinóse repentinamente Morgan para coger la pistola de Pretty Morgan, que era el cuerpo más cercano a su diestra.

El pie de Chic Dugan se proyectó hacia delante, y él punterazo restalló contra la mandíbula de Morgan que, hacia atrás, abriendo los brazos, salió en salto para caer de espaldas.

Revolvióse en el suelo, mientras, enguantando su diestra, cogía Dugan la mano muerta de Ronny Milburn, que empuñaba la pistola con la que había dado muerte a Pretty Parks.

—Un arreglo de cuentas, dirá la policía, *Gin* Morgan. Vas a morir, acribillado por Milburn, que en secreto amaba a Pretty. Hubo entre vosotros tres la gran pelea… No te arrastres tanto, Morgan. Estás medio atontado aún… Buscas una pistola. Aquí la tienes, a dos metros de distancia. Ven por ella… Pero las alimañas como tú no se matan a lo hombre temo con trampa.

Arrodillado, andando a gatas, trataba *Gin* Morgan de recuperar sus sentidos.

Contra la cerrada puerta del despacho resonaron recios golpes, y la voz autoritaria del inspector Terry Brian, clamó:

—¡Abra, Morgan, abra!

Presionó Dugan alrededor del índice agarrotado de Milburn,

apuntando la cabeza de *Gin* Morgan que, arrastrándose, se acercaba ya a los cadáveres.

Las balas incrustáronse en la frente. Y a cada una de ellas, un sobresalto sacudía el busto de *Gin* Morgan; que por fin cayó de bruces, la sangrienta y destrozada cara contra el cuerpo de Pretty Parks.

Chic Dugan miró hacia la puerta, que empezaba a temblar empujada por el vigoroso hombro de Terry Brian.

Miró en rededor, hacia la puerta de comunicación con otra sala, desde la que, horas antes había estado escuchando Vivian Morton.

Abrió. Y penetrando en la otra sala, cerró a sus espaldas. Oyó como cedía la puerta del despacho.

Abrió una ventana, y la cabalgó, dejándose caer sobre la punta de los pies al estrecho pasadizo que llevaba a la salida del servicio.

No había nadie en el callejón, que cruzó sin apresurarse. Desembocó en la avenida marítima, y por la ancha acera en cornisa junto a la playa alejóse del «Brides».

A unos doscientos metros, subió en marcha al tranvía ascendente que cambiaba los pasajeros a medio camino, trasladándolos al funicular que conducía al poblado de Niagara Falls.

Acomodóse en la banqueta, echándose sobre los ojos el sombrero. En la diestra llevaba un dólar. El cobrador, soñoliento, respetó el sueño del noctámbulo. Cogió delicadamente el billete, y en la abierta mano colocó el *ticket* y el cambio.

Cuando se dispuso a avisar al solitario pasajero que llegaban a la estación de transbordo, ya Chic Dugan habíase apeado.

Eran las tres y media cuando se acercaba Dugan al coche de Vivian Morton, detenido en la milla cuatro de la ruta hacia Niagara Falls.

CAPÍTULO VII

EL «HOMBRE BUENO» DE MANISTEE

Habían sido unas horas de mortal espera para Vivian Morton. Y no supo explicarse el porqué al ver aparecer frente al coche a Chic Dugan experimentó una sensación semejante a alegría.

Sentóse él a su lado, silenciosamente. La miró, y una dura sonrisa esbozóse en sus labios al decir:

—Gracias a usted, todo ha ido rápido. Intervino también Pretty Parks. La debieron sorprender cuando intentaba irse. El inspector Terry Brian estaba fuera del despacho mientras *Gin* Morgan iba, muriéndose. Algún día podré saber cómo hizo Terry Brian para saber que yo estaba en el «Brides». ¿Tiene mucho sueño, Vivian?

—Puedo conducir cuatro horas; y usted duerma, Chic.

—Hasta Manistee hay aproximadamente unas seiscientas millas —dijo Chic Dugan después de mirar el mapa de rutas, que sacó del bolsín—. Lo más conveniente será llegar a Toledo, dormir allí, y reemprender el camino a media tarde. Hay también otra solución. Dejar el coche en Buffalo y tomar el tren hasta Grand Rapids, en Michigan. Salen cada dos horas para el Noroeste. Dormimos hasta Grand Rapids, y así cogemos cualquier autocar de línea al norte.

—Lo que usted decida, Chic. Pero Terry Brian querrá algún día saber lo que hizo usted entre tres y tres y media de esta madrugada.

—Es posible, aunque las únicas pistolas que han disparado han sido las de Pretty Parks y la de Milburn. Estaban los dos empuñándolas en forma clara, cuando murió *Gin* Morgan.

—Yo había pensado…

—Dele marcha al cacharro, y por el camino a Buffalo dígame lo

que había pensado.

—Si salimos de la estación de Buffalo, podrán relacionar su partida, después de la muerte de los… Yo había pensado ir a Niagara. Allí hay jueces de turno, nocturnos. He pensado algo que me parece muy hábil, Chic.

—Veamos.

—El juez de turno dormita. Cuando una pareja, ansiosa de casarse le despierta, acude frotándose los ojos. Le enseñamos nuestros relojes, atrasados de dos horas. Le decimos: «Son las dos de la mañana, y nos urge casarnos, señor juez. Éstos son nuestros documentos. Haga rápido nuestra licencia». Y a él le queda impreso en la cabeza que hemos venido a las dos de la madrugada.

—Un hombre cuando se despierta, lo primero que hace es mirar su propio reloj.

—Pero el juez de turno no duerme en su cama, sino que se tiende en un diván en la oficina. Vestido. Se levanta, y nos ve…

—¿Cómo está tan enterada?

—Me lo contó una amiga, que se reía mucho porque el juez estaba soñando y decía unas tonterías enormes.

—Bastaría que en su oficina hubiese un reloj de pared, que es casi seguro lo habrá. Después, al irnos nosotros, lo mirará… Oiga, ésta es otra coartada perfecta; si yo consigo retrasar su reloj mientras él duerme. Pero ¡qué importa la coartada! A mí, Terry Brian no me cogerá desprevenido por segunda vez.

—En cualquier momento puede aparecer, y usted va armado.

—Pise el acelerador y vamos a Buffalo. No necesito coartada. Las muertes de *Gin* Morgan, Pretty Parks y Ronald Milburn, tendrán una explicación perfectamente crapulosa de arreglo de cuentas entre ellos mismos. En Buffalo cogeremos el tren para Granel Rapids.

—Pueden estar vigilando las estaciones.

—No lo creo. La explicación forense dirá que Ronny Milburn mató a Pretty Parks y a *Gin* Morgan, y que en la pelea logró Pretty disparar contra Milburn. Una matanza perfecta.

Reclinóse contra el respaldo, cerrando los ojos, sobre los que echó su sombrero.

Vivian Morton conducía a toda velocidad por la desierta carretera. A las cuatro y cuarto llegaron a la estación del noroeste,

aparcando el coche en el enorme garaje de la propia estación destinada a este fin.

Obedeciendo las instrucciones de Dugan, ella cogió pasaje y litera hasta Grand Rapids, para ella sola; haciendo minutos después lo propio Chic Dugan.

El negro mozo acompañó a Vivian Morton hasta la puerta de acceso al vagón de señoras. Y otro acompañó a Chic Dugan.

El tren emprendió la marcha, que, contorneando los lagos Erie y Hurón, penetraría en el Estado de Michigan a media mañana.

El Estado de Michigan forma como una península entre los lagos de su nombre y el Hurón. Fue allí donde, en su ángulo sudeste, en la ciudad de Detroit, Henry Ford provocó una revolución económica el año 1914, al declarar que sus obreros cobrarían diariamente cinco dólares.

No había entonces en los Estados Unidos más allá de cuatro mil coches. Hoy serán muchas las casas que necesitarán revocar sus fachadas y apuntalar sus cimientos, pero ante ellas no falta el coche, gracias a las facilidades de pago y al genial dispositivo inventado por los ingenieros de Henry Ford.

Desde 1914, la noticia de los cinco dólares diarios a cualquier trabajador, aunque no supiera una palabra de mecánica, provocó una ola de inmigración, que aun hoy continúa desde todas las naciones europeas.

Y se debe a la «cadena». El chasis del coche, su esqueleto, es colocado sobre una larga correa que se mueve lentamente. A medida que va avanzando, otras partes del coche van llegando de todos sitios, sobre vagonetas, o descienden del techo al extremo de cadenas, o son llevadas por grupos de obreros.

Cada pieza nueva es asida por obreros especializados y colocada en su lugar correspondiente. La correa sigue llevándose el naciente coche. Y el mismo obrero repite la misma operación, por un término medio, cien veces al día.

Vista desde lo alto, la correa del convoy parece un ser con vida propia que incuba coches que van creciendo encima de ella, hasta llegar al final, donde, salta un chofer, empuña el volante y abandona los hangares, conduciendo lo que tres horas antes era simplemente una armazón esquelética.

La fábrica Ford, la mayor industria mundial, posee sus propios

hornos, de donde sale el hierro que se emplea. Y este hierro, sin tener tiempo a enfriarse, destila directamente hacia los convertidores que lo transforman en acero. Los barcos de Ford surcan, los Grandes Lagos llevando el mineral a los muelles de Ford. Este mineral procede de las minas de Ford y la transformación en acero se efectúa con la ayuda del carbón extraído de las tierras de Ford, en el Kentucky.

En los hangares donde desfila la correa, si un obrero se equivoca de puerta al entrar al trabajo, corre el riesgo de andar durante una hora seguida a paso de carrera antes de encontrar su sitio.



Dugan volvió a tambalearse

Las mil millas del perímetro del litoral del lago Michigan están surcadas por carreteras modernísimas, en las que cuatro coches a la vez pueden cruzarse sin molestia.

En Grand Rapids, otro ramal conduce a Mackinaw, al Norte, pasando junto al litoral oeste, que fue el tren que tomaron Chic Dugan y Vivian Morton.

Almorzaron en el vagón restaurante, en mesas distintas. Por las ventanillas corría el paisaje típico.

Al Sur, la gran distancia; y de pronto, a medida que remontaban hacia el Norte, el paisaje convertíase en plena Holanda.

Una serie de colonias holandesas jalona el litoral oeste, con poblados como Zeeland, Holland. La tierra era allí cultivada de modo intensivo, y cada año tenía lugar la fiesta del tulipán.

Los zuecos y el holandés como lenguaje es lo corriente; hasta que, más al Norte, la ciudad de Manistee marca la transición. Allí son severos y rígidos puritanos, descendientes de ingleses colonizadores, antiguos enemigos de los holandeses en el reparto del norte de los Estados, en los límites con el Canadá.

Y empieza la larga franja costera del lago, en que los cerezos son flor y los manzanos adornan el camino. La flor del manzano es la flor oficial del escudo de Michigan.

Y cuando el tren se detuvo en Manistee, tenía Chic Dugan un empacho visual de flores de cerezo y manzanos floridos.

Atravesó el andén, sabiendo que le seguía Vivian Morton. Y llegó a la plaza Central, donde en ruedo abríanse las numerosas vitrinas de bares, tiendas y hoteles.

Instalóse en una terraza, y unas mesas más allá lo hizo Vivian Morton. Buscó en rededor Chic Dugan a un posible informante.

Se vio observado por un vejete, clásico ejemplar del provinciano aburrido. Estaba bebiendo un vaso de leche, con sorbitos golosos.

Temblaba su barbita blanca, y, apoyándose en su bastón, colocada la barbita sobre las dos manos, parecía un fósil dotado con dos orificios brillantes de curiosidad.

Chic Dugan levantóse y se aproximó al vejete.

—Soy forastero, señor, y…

—Se ve desde muy lejos —replicó, riendo cascadamente, el viejo —. Siéntese, joven, que yo soy quien le puede decir todo lo hermoso que contiene Manistee.

Habló incesantemente por espacio de media hora.

Y cuando Chic Dugan empezaba a removerse impaciente, dijo:

—Otro personaje muy típico es el reverendo Henderson. ¡Ah, joven, ya no se fabrican hombres da esta clase! Un hombre bueno a carta cabal. Protege a los marineros enfermos, a las pobres descarriadas… Su casita, allá al borde del lago, allá donde le

apunto, entre aquellos dos caserones grandes, que son hangares de almacenamiento, domina desde lo alto la ciudad.

—¿Lleva muchos años aquí?

—Déjeme pensar. Veamos… El reverendo Hutchinson murió hace exactamente tres años y cuatro meses, y… Fue el 12 de abril, el día en que mi hija empieza a abrir los botes de confitura. Ya sabíamos que, muy, enfermo, el reverendo Hutchinson pidió un reemplazante, y le anunciaron la llegada del pobre Henderson.

—¿Pobre?

—Sí; ya lo verá usted si se acerca por aquel paraje, muy curioso de ver. Y no haga caso de la gruñona de Hettie, su ama de llaves, ni del indio Jim, el jardinero, cocinero y criado para todo. Desciende Jim de hurones. Los hurones…

Media hora más de historia local de Manistee, los lagos, los indios, y Chic Dugan pudo por fin separarse del parlanchín.

Atardecía. Dirigióse a un escaparate que ostentaba postales, libros, mapas y objetos de escritorio. A su lado, Vivian Morton preguntó:

—¿Qué hago, Chic?

—Acompáñeme, Vivian.

Anduvieron otra media hora, abandonando el casco de la población, yendo hacia el litoral, donde en alto veíase, entre los dos hangares, un chalet diminuto con techos muy inclinados, rodeado de un vasto jardín.

La fresca brisa procedente del Michigan, al pasar entre árboles y flores, embalsamaba el ambiente. Un idílico lugar…

—Por última vez, Vivian, tiene usted ocasión de apartarse. Si no lo hace, lo que va a presenciar le amargará la existencia para siempre. Usted misma, dijo que había nacido para amar, no para odiar.

—¿Qué va usted a hacer?

—Necesito saber quién es el que en Nueva York informa a los repartidores de la droga. No me lo dirá voluntariamente Henderson. Mejor me servirá usted quedándose aquí mismo, desde donde no la ven y puede ver. Si Henderson sabe las muertes de Morgan y Milburn y tiene una descripción física mía, usted, dentro de la casa conmigo, constituirá un estorbo.

—Me quedo aquí… y vuelva pronto.

Chic Dugan aproximóse a la verja encima de cuyo arco colgaba un farol, iluminando la entrada. Sacudió la campanilla.

Unos pasos tenues, como de un cuerpo sin peso, aproximáronse por la alameda. Era un gigantesco mestizo, de rostro afilado, que, pies desnudos, se acercaba.

Inclinó la cabeza al preguntar Dugan:

—¿El reverendo Henderson?

El indio abrió la cancela mostrando el chalet, rodeado por una tribuna. Chic Dugan avanzó, atentó al rumor de los pasos a su espalda.

Subió unas escaleras, y, al llegar a la tribuna, vio a la derecha un cuadro ejemplar. Una mujer corpulenta, sentada, hacía calceta junto a una silla rodante, donde, cubiertas las piernas por una manta, un individuo con chaqueta negra y cuello duro de celuloide apartó de sus ojos las gafas a través de las que leía.

—Bienvenido —dijo con voz grave, sentenciosa.

La mujer no alzó la vista, y siguió en su labor.

—Buenas noches, reverendo Henderson.

—Acérquese… O mejor, entremos dentro, Hettie. Empieza a refrescar, y el caballero compartirá con nosotros un buen vaso de tibio *grogg*.

Alzóse la mujer, atlética, de rostro adusto, y empujó la silla. Un paralitico…

El indio Jim abrió las luces de una sala en la que, en su sillón rodante, entró Angus Henderson. La mujer, Hettie, quedó tras él. Ya llegaba el indio llevando una ponchera, de cuyo borde sobresalían asas que sostenían varias tazas de plata.

—Un *grogg* tibio es reconfortante, señor. Siéntese y explíqueme en qué puedo servirle, Dale la taza al caballero, Jim.

—El pueblo entero le quiere, reverendo. Es usted el hombre bueno de Manistee.

—No hago más que cumplir con mi deber cristiano. ¿Qué le parece este *grogg*? Tiene un poco da hierba de menta.

Era en verdad un *grogg* exquisito, donde el ron en pequeña cantidad, el limón y la menta mezclábanse con agua caliente.

Depositó Dugan su taza al borde de la mesa.

El indio Jim estaba al fondo de la habitación disponiendo flores en ramilletes, que iba metiendo en jarrones. La mujer habíase

sentado y seguía su labor.

Angus Henderson juntaba las dos manos largas, aristocráticas, sobre su estómago. Su rostro era severo, ascético…

—Vengo de Buffalo, reverendo.

—Una gran ciudad, en efecto, una gran ciudad.

—Creo que allí tenemos comunes conocidos.

—Es muy posible, ¿verdad, Hettie?

—Si el indio hace un gesto feo, si su vieja calcetera no sigue enhebrando las agujas, si usted aparta las manos del estómago, reverendísimo, empezaré a disparar. Soy Chic Dugan.

El indio Jim siguió haciendo ramilletes, la mujer su calceta y Angus Henderson con las manos juntas sobre el estómago. Chic Dugan estaba en pie, con las manos en los riñones, bajo la americana.

—¿Oíste, Hettie? El caballero se llama Chic Dugan, y nos ha hecho objeto de una pueril amenaza… Vea, señor… Somos un pobre indio mudo y sordo, una mujer laboriosa y un tullido. ¿Qué mal podemos desearle?

—Su indio sordo acudió a mi llamada.

—Es sordomudo. Cuando llaman, Hettie le hace una señal.

—Fuera caretas, Henderson. La cosa está clara. El indio va en su canoa a buscar la droga en la frontera. Usted la envía a Morgan, y esta misma noche le telefoneó Milburn para averiguar informes sobre mí. Usted anunció que se comunicaría con Nueva York. Está ya todo descubierto. Basta simplemente conocer al de Nueva York.

—Si es usted policía…

—¡Bien sabe quién soy yo! No tengo nada de policía. No dudo que existió un pastor protestante paraliticó de verdad llamado Angus Henderson; pero usted ni es paralítico ni pastor. Esta mujer es su cómplice; y el indio, igual.

—Como usted quiera. Han pasado exactamente diez minutos desde que entramos aquí, señor Dugan. No hacen falta más, ¿verdad, Hettie? Le espero desde que esta mañana leí los periódicos, señor Dugan. Yo sabía que usted no dispararía hasta saber el nombre del desconocido de Nueva York. Pero siéntese, Dugan, siéntese… ¿Por qué dejó fuera a la señorita que le acompañaba?

Chic Dugan, tambaleándose, trataba de recuperar el movimiento de sus piernas y brazos. No le obedecían… Volvió a tambalearse. Y

de pronto cayó de bruces, sin sentido, narcotizado.

—Hettie, vete con Jim a invitar a la señorita a que venga aquí. No seas brutal, Hettie. Todavía no es el momento de decidir qué clase de brutalidades hemos de emplear.

Vivian Morton no pudo hacer el menor movimiento cuando, en la obscuridad, los brazos del indio Jim, la rodearon, levantándola en vilo, mientras Hettie cubríale la boca con un pañuelo, que anudó a su nuca.

Angus Henderson ataba concienzudamente a Chic Dugan. Había apartado de sus piernas la manta y, dejando el sillón rodante, andaba perfectamente.

Era fuerte, porque sin mucho esfuerzo colocó sobre sus hombros al inerte atado, transportándolo por el jardincillo posterior a un pabellón, donde ya le esperaban Hettie y el indio Jim.

Los dilatados ojos de Vivian Morton contemplaban llenos de miedo a las tres figuras: Al pastor depositando en el suelo del pabellón al narcotizado Dugan, a la mujer impasible y al indio indiferente.

—Cerciórate si está bien atado, Hettie, y aplícale el revulsivo. Tenemos que terminar pronto. Después, le explicas a Jim lo que tiene que hacer. Con su canoa se llevará a los dos hasta el bloque, del glaciar de Green Bay. En cualquier grieta, que los arroje. Nunca serán descubiertos los dos cadáveres frigorificados.

Hettie y el indio salieron. Angus Henderson se sentó, después de hacerle la última advertencia a su ama de llaves.

—Trae aquí mi silla. Y cuidado, aunque no creo que Chic Dugan haya venido con más compañía. Es clásico trabajo de venganza.

Regresó poco después la mujer empujando el sillón rodante, que dejó junto a Henderson. Arrodillóse junto a Chic Dugan y colocó entre sus labios el gollete de un pequeño frasco.

Vertió todo su contenido, y se levantó. Era terrorífica su manera de actuar, con la impasible indiferencia de un verdugo.

Se marchó, tras comprobar que las ligaduras de ambos prisioneros eran imposibles de soltar sin ajeno esfuerzo.

Angus Henderson se sentó en su sillón de ruedas, cruzadas las dos manos sobre el estómago, contemplando alternativamente a Vivian Morton y a Chic Dugan, hasta que éste abrió los ojos.

—El fracaso era forzoso, Dugan. La muerte de Vicuña produjo

alerta en el hombre de Nueva York. Viví alerta desde ayer noche, al telefonearme Milburn. Su *grogg* contenía narcótico… Pero, bueno, es superfluo indicárselo, Dugan.

Con un esfuerzo logró Dugan sentarse, apoyado en la pared, retorcidas las piernas.

—Si nos mata, nadie le salvará de la silla eléctrica, Henderson, o como se llame. El inspector Terry Brian está al llegar. Me sigue los pasos.

—Podrá llegar aquí, pero no ahora. Está muy ocupado en Buffalo y usted no habrá dejado huellas de su camino.

—Le avisé que…

—No se canse mintiendo. Usted es de los que no trabajarían con la policía ni por todo el oro del mundo. Lo que usted pretendía lo he comprendido gracias al extenso informe del hombre de Nueva York. Una venganza personal… Lo que no comprendo es qué papel desempeña esta señorita.

Hizo una pausa, para añadir:

—La hemos tenido que amordazar porque son muy propensas a gritar las hijas de Eva. Y aunque estamos muy aislados, me horripilan los gritos femeninos.

—Terry Brian le mandará a la silla, si nos mata, Henderson.

—Terry Brian, si algún día llega hasta aquí, reconstruyendo los pasos de ustedes, encontrará a un pastor paralítico, bienamado de Manistee. Mis papeles están en regla, y el vicario provincial me visita. El infortunado Angus Henderson, paralítico, y su ama de llaves Hettie, perecieron en el lago hace tres años en medio. Una tormenta…

—Usted y su miserable cómplice los mataron.

—¿Qué importa ya todo esto, Dugan? Dentro de unos instantes Hettie y Jim les colocarán en la canoa.

—Terry Brian…

—Está en Buffalo. La triple muerte violenta de Morgan, Milburn y Pretty ha sido juzgada un caso de arreglo de cuentas mutuas, pero ha producido mucho revuelo. Casi destruye usted la organización que tanto costó montar, Dugan. Tendremos que tardar meses para encontrar en Buffalo buenos elementos substitutos. No tenga esperanzas, Dugan. La tardanza de Hettie y Jim se debe a que están colocando la lona bajo la cual viajarán ustedes dos. Un viaje

placentero. Tres horas, y… la frialdad eterna.

—Cuando hasta aquí llegue Terry Brian…

—Tal vez me encuentre, tal vez esté yo en el Canadá. Esto es asunto mío. Su asunto está mucho más claro, Dugan. Esta señorita… No se retuerza inútilmente, Dugan. Soy maestro en la ciencia de atar a un hombre tanto más seguramente cuanto más peligroso es.

—¡Terry Brian le ajustará las cuentas!

—Casi lamenta usted no haber trabajado en colaboración con Brian. Lo comprendo. Bien, Hettie… Acabas de proporcionar un desengaño al señor Dugan. Esperaba al inspector Brian. Dile a Jim que, se lleve a la señorita.

La mujer tocó en el hombro al indio y señalóle a Vivian Morton. El indio la cargó sobre la espalda como quien traslada un saco. Salió con ella.

—Hettie, por culpa de este caballerete tenemos que abandonar la paz de este refugio alejado del mundanal ruido. Ya sé que tenemos las suficientes economías; pero lo más prudente es irse, abandonando por una temporada este magnífico negocio. Y este caballerete tiene la culpa, Hettie.

El pie derecho de la mujer propinó un punterazo en las costillas de Chic Dugan, que encogióse de lado, reprimiendo un gemido.

—No, Hettie; podrías hacerte daño. Le basta al señor Dugan saber que no es lo mismo disparar que tener que preguntar, o sea, investigar. Era un hombre demasiado creído en su talento. Sabes, Hettie, que ahora, durante tres horas, será muy molesta la agonía de este reyezuelo del Bronx, a quien un indio, fíjate bien, un descendiente de salvajes, le conducirá a la grieta helada, tumba blanca sin cruz ni huellas. Jim vuelve. Sí, es Jim. No es el inspector Terry Brian, Dugan. Le estás poniendo mucho cariño a la policía, Dugan.

Jim inclinóse y, ayudado por Hettie, cogió al atado prisionero.

—Llévale de las piernas, Hettie. Yo os sigo, para despedirme del caballerete Dugan.

Por los sobacos le cogía el indio, mientras sus piernas eran abrazadas por la mujer, y tras ellos, haciendo girar sus ruedas, iba el que mató al verdadero Angus Henderson.

La obscuridad era completa, al exterior del jardincillo posterior, en que una abrupta pendiente llevaba a las márgenes del lago.

En la puerta abierta quedóse el hombre sentado en el sillón, agitando la mano en despedida.

Bajo la lona, diez minutos después, yacía Chic Dugan, junto a la tendida Vivian Morton, al fondo de la canoa, larga y estrecha, en cuya popa Jim empuñó el remo a modo de timón, tras tensar la vela.

La barca cortó el agua con su afilada popa, alejándose de tierra hacia Green Bay, el bloque helado.

Chic Dugan aplicó la boca en el nudo del pañuelo que cubría la parte inferior del rostro de Vivian Morton. Tras minutos de esfuerzos, consiguió hacer descender el pañuelo.

Y su boca quedó junto a la mejilla de Vivian Morton. Susurró:

—Son tres horas, Vivian. Tranquilízate. Tengo dientes, gracias a ser un hombre normal. Podré quitarte las ligaduras.

En postura difícil logró por fin aplicar sus labios junto a los atadijos que reunían las muñecas de ella.

Pero era solamente para dar una esperanza, la última esperanza a la pobre muchacha aterida de frío y terror. Los bramantes que ataban a ambos eran formados por tripas de buey y filamento de acero.

A la media hora enderezóse Chic Dugan. Sabía que ni royendo un día entero conseguiría nada. Tenía los labios sangrientos. Susurró, con la boca junto al oído de ella:

—Antes de las tres horas estaremos libres; y es un hombre solo. Ten valor, Vivian.

Ella lloraba silenciosamente. Volvió el rostro, y por un instante los labios se rozaron.

—Gracias, Chic, porque piensas en mí.

—Libertándote, tú me quitas a mí las ligaduras. Una ayuda mutua, Vivian. El indio que nos conduce es sordomudo. Hay corriente, y está atento al timón y la vela.

—En el pabellón pude ver nuestras ataduras, Chic. Son de bramante que se emplea para empacar heno. Irrompibles si no están cortados por alicates. Es igual ya, todo es igual, Chic. Me hice el propósito que, al aliarme contigo, emprendíamos un camino de muerte lenta. No tienes ningún reproche que hacerte. Querías saber quién era el hombre de Nueva York, el más culpable, puesto que él era quien averiguaba las tristezas o desesperaciones de los pobres

seres atribulados por el dolor, como tu esposa Mary, y… ¿Qué ha sido eso, Chic?

—Un embate de olas sobre la proa.

El indio Jim corrigió con un golpe de timón el rumbo, soltando un poco la vela. Era un experto maniobrero, para quien no tenía secretos la navegación por el Michigan.

—¿Chic es tu verdadero nombre?

—Clifford; pero desde mis primeros años me llamaron Chic.

—Clifford —susurró ella—. Si un milagro nos salvase, ¿qué harías?

—Buscar al hombre de Nueva York, yendo primero a devolverle la atención al falso reverendo Henderson.

—El hombre de Nueva York te conoce, y tú no.

—Escucha, Vivian. Yo voy a arrastrarme hasta donde está el indio. Puedo derribarle al agua…, y la canoa a la deriva nos llevaría a tierra.

—El indio te matará, Clifford. No lo hagas. Yo me quedaría sola, y sería horrible.

—No preferirás morir sin intentar salvarte. Reza.

Reptando, Chic Dugan abandonó la lona, yendo a popa. Distaba dos metros del indio cuando éste alzó con la zurda un cabillo de hierro, mirándole. Se detuvo Dugan.

Alrededor el agua, y encima un cielo tachonado de estrellas. No se veía la obscura mancha de la costa por ningún lado.

Gritó Dugan, para imponer su voz al rumor del viento y las olas:

—¡Cien mil dólares, Jim!

El indio, con indiferencia, erguida la cabeza, no apartaba su mirada de la cabeza a ras del fondo.

Un lejano pitido anunció el paso de un barco de vapor, que pedía práctico en algún puerto.

—¡Cien mil dólares por nuestra libertad, Jim! ¡Tuyos!

Y Dugan lo gritaba modulando lentamente las palabras, para que el sordomudo leyera en sus labios. El indio sonrió, limitándose a negar con la cabeza.

Doscientos metros a popa, tras la espalda del indio, vio Dugan una estela de espuma, abriéndose en abanico ante la proa de una lancha motora. Enfilaba rectamente hacia la canoa.

Reptó medio metro más, para seguir llamando la atención del

indio, que, mirándole, agitó el garfio redondo de hierro, cuyo golpe sería mortal.

El motor que se acercaba rugía entre el fragor del oleaje y el viento.

Y a proa la ancha figura de Terry Brian, alzadas las solapas de su abrigo de pelo de camello, antojósele a Chic Dugan la imagen de un hermoso arcángel atlético.

Reptó otro medio paso, y el indio avanzó el busto en alto el cabillo férreo. De pronto vio la masa rugiente de la canoa, y alzó el hierro dispuesto a golpear la cabeza del que, encogiéndose, rodó a un lado.

Saltaba ya con evidente riesgo de hundirse en el agua, el inspector Terry Brian. La canoa bamboleóse, mientras, asido por un brazo, el indio Jim buscaba en su cinto el cuchillo.

Alzó la otra mano Terry Brian, abatiéndola sobre el cráneo. La lancha motora estaba junto a la canoa, parado el motor y aferrados varios garfios de borda a borda.

Terry Brian arrojó en brazos de alguien que estaba en la lancha el desmadejado cuerpo del indio.

Arrodillóse, y sus dedos macizos empezaron a deshacer nudos. Dijo:

—Luego hablaremos, Chic. Qué guapo soy, ¿verdad? Me miras con hondo cariño, Chic. Te ataron bien. Y tu esposa, ¿indemne?

—Sí, inspector.

—Pues sácala del aprieto y tráela a la lancha. Hay una cabina. Y esto es un frasco de coñac del bueno. Hace frío…

Chic Dugan alzó la lona, mientras Terry Brian regresaba a la lancha, saltando. Cogió en brazos a la atada Vivian, transportándola hasta la cabina de la lancha, que, de nuevo en marcha, deshacía el rumbo, llevando a remolque la canoa.

La desató tras tenderla en el único diván empotrado. Desenroscó el tapón del frasco metálico, y tendiólo lleno de coñac añejo.

Bebió ella un coñac aguado de lágrimas de gozo. Terry Brian entró en la cabina, sentándose en un pequeño escabel, que desapareció por completo debajo suyo.

—Esta vez no te seguí, Chic. Hice seguir a Vivian. Y cuándo ella estuvo en el «Brides», después de separarme de ti, me lo comunicaron. Hice interceptar la línea telefónica de Morgan.

Pidieron informes tuyos a Manistee. Y a las tres de la madrugada entré en el «Brides» para visitar a Morgan y Milburn. Un caso claro de arreglo de cuentas. Quedóse allá el inspector Ferguson. Vine a Manistee, porque sabía que vendrías aquí, Chic. Lo que no sé es cómo lograste saber que era Henderson, o el que le substituye, el que enlazaba con Morgan. Os vi llegar a los dos. Estaba en el piso superior. Necesitaba escuchar, y tuve que escucharlo todo.

—Pudo… pudo evitar que esta pobre chica…

—El desagradecimiento es pan diario del ser humano, Chic. Sabía dónde ibais, y tenía que meter en cintura al paralítico de marras y a su robusta ama de llaves. Dieron trabajo. Después telefoneé pidiendo la lancha. Bien, bien… Me agradó oír cómo me invocabas constantemente, Chic. El caso ha terminado.

—No. Falta el hombre de Nueva York, inspector. Usted tiene la redada, al coger al falso Henderson, se sabrá dónde adquiría la droga. Pero ¿y el hombre de Nueva York?

—Ya lo confesará Henderson, o como se llame. Este dirá también que tú mataste a Vicuña, pero es indemostrable. A lo mejor, afirma que mataste a Morgan. Pero las balas fueron disparadas por Milburn. Regresa a Nueva York, Chic. A tu barrio, al Bronx. A propósito, señorita Morgan: ¿usted no tiene un pariente en Nueva York?

—Mi tío Cyril, hermano de mi padre. Es un librero y anticuario, que reside en Manhattan.

—Ya conozco su librería. Un gran caballero Cyril Morton. Deberías comunicarle que os habéis casado, Chic. Al fin y al cabo, es pariente tuyo. También lo era de su difunto primer esposo, señorita Morton.

—Sí —dijo ella, tímidamente.

El inspector producíale el efecto de un oso simpático, sabiendo muchas cosas por ella ignoradas.

—A propósito también, Chic. Al desatarte, noté dos bultos, en tus riñones, Ten la bondad de decirme si, no haciendo caso de mi advertencia, fuiste tan torpe como para ir sin licencia…

Vivian Morton se puso rígida, al desabrocharse Dugan la americana.

Hundidas las manos en los bolsillos de su amplio abrigo, Terry Brian comentó:

—Te lo dije, Chic. Uso de armas… sin licencia, y cumplirás el resto de la condena.

—No podía acostumbrarme a viajar sin este peso sobre los riñones, inspector. Tome.

Tendió el cinto con las dos fundas, de las que sobresalían las planas culatas.

Pero Terry Brian continuaba con las manos en los bolsillos. Dijo:

—Deja caer el cinto hacia mis pies, Chic. No es desconfianza. Es prudencia.

En el suelo, con el pie, Terry Brian supo atraer fuera de su funda una de las pistolas. Cogióla, y sonrió, masticando.

—Dos pistolas de alarma, con pistón. Eres un tipo listo, hijo. Ya ves si soy malintencionado, que creí que la diestra de Joel Vicuña estaba atravesada por un balazo. Claro que si yo fuera un necio que de todo saca la punta, diría que después de disparar contra Vicuña echaste al agua tus dos pistolas; o al día siguiente, después de mi visita, lo hiciste, comprando estas dos. Bueno, el caso es que el empleo de pistolas de alarma con pistón no requiere licencia. Guárdalas, Chic. Que no sufran tus riñones, acostumbrados a este abrigo. ¿Y qué tal su luna de miel, señora Dugan?

—No nos casamos —dijo, secamente, Dugan.

—Vaya… A lo mejor su visita al reverendo Henderson era para…

—¡Dígalo ya de una vez, inspector! Usted cree que ella mintió para salvarme.

—Yo no creo nada más que en lo que demuestro, hijo. Si no puedo demostrar que a las tres de la madrugada estabas en la galería con Joel Vicuña, queda, en cambio, demostrado que hay una declaración jurada y firmada por Vivian Morton asegurando estabas con ella. Y vais siempre juntos. Esto está demostrado también desde que, en Nueva York, ella te siguió hasta Albany… Hemos llegado. Tendrán que acompañarme a comisaría para declarar que fueron objeto de un ataque por parte del falso Henderson, y confirmar lo que oí. Te felicitarán, Chic, porque tu sospecha de que no era el reverendo fue la que le provocó su afán de enterraros en el glaciar de Green Bay.

En el coche, junto al inspector, Vivian Morton dijo:

—Yo me casaré con Clifford Dugan, inspector. Ambos

necesitamos olvidar.

—Magnífico, Vivian. Pero convenza a su futuro de que las investigaciones sólo pueden realizarse con una placa de identidad, o disparando después…

Junto al conductor, separados de atrás por un cristal corrido, Chic Dugan reflexionaba en la alusión del inspector sobre el pariente de Vivian. Nunca hablaba en vano Terry Brian…, pero tampoco incitaba a matar…

Posiblemente, el hombre de Nueva York frecuentaba la librería del anticuario Cyril Morton.

Tras los trámites escritos que firmaron ambos, el inspector Brian manifestó:

—Terminaron los viajes ahora. Vayan a Nueva York, y visítame tan pronto llegue yo allí dentro de dos días. Hasta la vista, señorita. Y convenza a Chic, digo, a Clifford Dugan, de lo referente a investigar. Tiene madera de investigador…, si no olvidas, Chic, que no debes beber con nadie. Bebe siempre a solas. No bebas nunca con nadie…, aparte de tu futura esposa y tal vez conmigo.

En la calle, comentó ella:

—Un hombre bueno el inspector Brian, Clifford.

—Me llamo Chic. Y en cuanto a Brian, es un taimado polizonte.

—Muy honorable, y que sólo tiene un deseo, Clifford. Que ingreses en el
F. B. I.

—Me llamo Chic.

—Empieza una nueva vida, Clifford. Ahora vamos a Nueva York. Juntos olvidaremos. A Nueva York, Clifford.

Enmudeció él, porque la voz de ella era suplicante, contrita, como avergonzada. Y no separó su brazo en el que asióse la diestra de ella.

CAPÍTULO VIII

EL HOMBRE DE NUEVA YORK

En Buffalo, volvieron a ocupar el *roadster*. Camino de Nueva York, dijo Chic Dugan:

—Tal vez tu tío Cyril podía haberte informado de los traficantes, Vivian.

—Pobre hombre. Mi tío sólo vive para sus libros y antigüedades.

—Pero tendrá clientes especiales. En esto de los libros antiguos hay trapicheos. Ediciones trucadas, ladrones… Y no es deshonroso que un honorable librero compre libros trucados.

—¿A qué viene esto, Clifford?

—No sé cierto, pero yo creo que nos puede ayudar tu tío para hallar el hombre de Nueva York.

—Déjalo al inspector Brian. Nosotros… abandonamos el camino del odio, porque… unimos ahora… ¡Ayúdame, Chic Dugan, ayúdame!

—Cuidado con el volante, o nos estrellamos… Para. Yo guiaré, que me revienta estar sentado al lado de una mujer conduciendo.

No la miraba, mientras efectuaron el cambio. Tenía las mandíbulas crispadas y seca la garganta, cuando el coche reemprendió la marcha.

—Escucha. Vivian. Yo soy Chic Dugan, cuatro años de
Sing-Sing
. Y tú eres una Morton, veinte años de Filadelfia.

—Me dijiste que me parecía a Mary.

—Ella era distinta. Era una muchacha que había sufrido…

—¿Yo no, Chic?

—Se pasará, Vivian. Los finales felices son aquéllos en que dos personas que han empezado a apreciarse a través de unas horas de mutuo peligro, se dicen adiós.

—Mary hizo de ti otro hombre. Y a este hombre es al que yo… ¡Ayúdame, Chic Dugan!

—Volverás a Filadelfia. Y si dentro de medio año, o un año, vuelves a recordarme con agrado, bastará que me envíes una tarjeta tuya con tu dirección.

—¿Dónde, Chic?

—Por ejemplo, al inspector Brian. Él sabrá dónde encontrarme. Y no hablemos más de esto, porque… ¡me duele pensar que te empiezo a querer…, siendo aún tan reciente la muerte de Mary!

Ella cerró los ojos y no dijo nada. «¡Pensar que te empiezo a querer!…».

Cuando volvieron a hablar, fue para comentar que faltaban minutos para llegar a Manhattan.

En Central Park, entraron en la librería. Al fondo, tras un estante, Cyril Morton, grueso, rubicundo, manipulaba, con gestos de reverente respeto, un ejemplar lujosamente editado en fecha 1812.

Alzó la vista, y, sorprendido, exclamó:

—¡Vivian! Te suponía en Filadelfia con tus padres.

Abrazóle ella, por encima del estante.

—Cuidado, cuidado, sobrina. Este libro es un valioso…

—Tío Cyril, olvida por unos instantes tus libros. Quiero presentarte a Chic Dugan.

El libro cayó de las manos de Cyril Morton, que, repentinamente perdido todo color en su semblante, temblorosos los labios, retrocedía…

—Tío —murmuró, asombrada, ella—. ¿Qué te sucede?

No había más que sinceridad en el semblante de ella y asombro en el de Chic Dugan. Reponiéndose, el «hombre de Nueva York» balbució:

—Perdonen esta estupidez mía; y no se ofenda, señor Dugan. Es que así, de pronto, ¿comprende?…

—Ya sé, señor Morton. Mi fama veo que ha llegado hasta aquí. Pero dejé de disparar hace tiempo.

—Esto… Yo iba a cerrar. Podéis venir a mi piso. Arriba mismo. Un sitio tranquilo, modesto… Pasa, querida sobrina, pasa. Allí, por

esta escalera. Tanto gusto, señor Dugan.

«El erudito distraído —pensó Dugan—. Un despistado asustadizo, que cree que los ex *gangsters* vomitan fuego en vez de hablar».

—¿Vienen de lejos? —inquirió Morton, mientras subían las escaleras.

—De Manistee.

Tropezó Morton en un peldaño, asiéndose a la pared, y tuvo que sostenerle por un codo Chic Dugan.

—Hay poca luz, y mis ojos…

En el rellano había tres puertas abiertas. Entró Vivian en la del medio, conocedora del lugar. Una salita coquetamente amueblada, con mueble-bar, radiogramola, discoteca selecta y todas las paredes tapizadas de estantes repletos de libros.

Un tresillo de cuero obscuro, confortable, y mesitas rodantes…

—Tío, tengo que decirle que ya ha quedado vengada la muerte de Jean-Pierre. Murió el que dióle la droga. Un tal Joel Vicuña, que se hacía llamar Frank Palmer, en Albany.

—Vaya, vaya… No te agites tanto, Vivian. Me pones nervioso. Merendaréis cualquier cosa, ¿no?

—No tengo hambre, tío. Pero tomaré con gusto una copita de este licor especial que dices te da estos buenos colores…, aunque ahora los has perdido.

La frente sudorosa, Cyril Morton no podía separar los ojos de la cruel mirada de Chic Dugan, sin saber que era natural y debida a la configuración rasgada de los párpados.

—¿Una copa, señor Dugan?

—Bueno.

—Iré a buscarle un frasco de un coñac «Napoleón».

«No bebas nunca con nadie», decía en la mente de Dugan la voz de Terry Brian, después de hablar de Cyril Morton.

Y de pronto chilló Vivian y chilló Cyril Morton, porque en pie, inclinado el cuerpo hacia delante, las manos en los riñones, Chic Dugan dijo, incisivamente:

—Hable pronto, Morton, o disparo…

Cubriéndose el rostro con las manos, sollozando histéricamente, agotado del temor pavoroso que la mención del nombre del pistolero, que creía eliminado por el falsario de Manistee, le

produjo desde el principio de la llegada de Dugan, balbució Morton:

—No soy más que un pobre hombre, al que obligaron a proporcionar información… Yo sabía que Jean-Pierre Dupuis… ¡No dispare, Dugan, no dispare, que hablaré!… ¡Lo diré todo, pero no dispare! Yo no he matado a nadie… a nadie. Daba solamente información de posibles compradores. Ahora es Mark Lundig el que, en Nueva York, viene a buscar aquí la droga. ¡No dispare, Dugan!

Y Cyril Morton, ante la horrorizada mirada de su sobrina, cayó de bruces al suelo, desmayado.

Chic Dugan, dijo, roncamente:

—Pistolas de alarma… Vete, Vivian, que le voy a machacar los sesos cuando se recupere. Le machacaré los sesos. Vete, Vivian.

—No. No debes… Que sea la policía… Tu deber es advertir al inspector Brian.

—Éste es el peor de todos; éste, que al marido de su propia sobrina le espiaba la desesperación. Vete, Vivian.

—Sí. Váyase, Vivian.

Volviéronse los dos a la vez. Y en el umbral estaba el inspector Terry Brian, masticando…

—Son de alarma tus pistolas, Chic, y no te acuerdas. Cierra tu americana, y sentémonos apaciblemente los tres.

Ella obedeció. Y Chic Dugan sentóse, porque la sorprendente revelación de quién era el hombre de Nueva York habíale dejado estupefacto.

Terry Brian se sentó tras el yacente desmayado.

—El ABC del investigador, Chic, para que vayas aprendiendo, es hacer vigilar todos los actos de un sospechoso. Fallé un poco contigo, porque llegaste a Albany antes que yo. Pero la línea telefónica de Morgan interceptada, gracias a tu presencia, me hizo escuchar el nombre de Henderson y Manistee. Allí, dos agentes interceptaron el correo, las llamadas telefónicas y cuanto hacía el de Manistee. Mandó un telegrama, que una vez copiado siguió su curso. Recibió otro telegrama, que una vez copiado siguió su curso. Tenemos excelentes criptógrafos que adivinan los más difíciles mensajes cifrados. Y así supe que Cyril Morton era el hombre de Nueva York.

—Y me envió usted a correr la misma suerte que allá, en compañía de Vivian.

—Quise demostrarte que la investigación es muy distinta al arte de disparar. Además, escucha, Chic… El tercer grado policial no lo aplicamos en el
F. B. I.
Preferí que tú, asomándote aquí, produjeras en este buitre la natural sorpresa, Cyril Morton no es de los que disparan. Es un buitre en la sombra de su covacha. Yo le machacaría los sesos con mucho gusto, pero soy del
F. B. I.
; y primero empleamos los sesos, Chic. El tráfico de drogas son catorce años de presidio, sin indulto. También podré demostrar que este buitre es inductor moral de asesinato, puesto que incitó, al de Manistee y a los de Buffalo a matarte. En fin, una condena de veinte años nadie se la rebaja a Cyril Morton. Y al verte cantó que ahora es Mark Lundig el que sustituye a Joel Vicuña. Una gran labor, Chic. Y ya ves…, con tus pistolas de alarma y tu fama de disparar, bastó…, complementándolo con mi cerebro de clase privilegiada. Vivian, vaya a esperarnos en el café «Blizz». Se lo ruego. Iremos pronto a tomar algo reconfortante en su compañía. Vaya.

La vio salir. Y entonces masticó complacido, antes de decir:

—Una muchacha como Mary, hijo. Buena a carta cabal, y con tu misma pena.

—Se mueve… —dijo Dugan, señalando con el mentón al yacente.

—Señal de que vive.

Cyril Morton, al incorporarse, vio sentado ante él a Chic Dugan. Juntó las manos, arrodillándose.

—¡Entrégueme a la policía, Dugan! Yo no maté. Yo…

—Calla, sabandija. Tu medio de salvarte de que te cribe lentamente, es irme diciendo los nombres y ciudades de todos los componentes de la banda de buitres. Empiezo… En Albany, Frank Palmer, ex Vicuña, muerto. En Buffalo, *Gin* Morgan, Ronny Milburn y Pretty Parks, muertos. En Manistee… ¡Habla!

Arrodillado, dando la espalda a Terry Brian, al que no veía, Cyril Morton dijo:

—Gary Simpson, que, con Jean Smith, substituyó al pastor Henderson y su ama de llaves.

—¿Cómo los substituyó?

—A bordo… Los arrojaron al agua, por la noche.

—¿Quién llevaba la droga a Simpson?

—El indio Jim la recogía en la factoría de pieles de Mackinaw.

—¿Quién se la daba?

—El capataz Anthony Leclerc. Iba a recogerla en Vancouver. Traíasela el barco cargo del Pacífico, el «Burlinger».

—Mark Lundig aquí contigo, ¿y los otros por Nueva York?

—No hay más, no hay más; palabra de honor.

—¡De honor!

El pie derecho de Dugan iba a estrellarse contra la mandíbula de Morton, pero Terry Brian inclinóse y atrajo por el cuello hacia sí al empavorecido traficante.

—
F. B. I.
, Cyril Morton. Tranquilícese. Está usted en buenas manos. Vendrá conmigo ahora. Y le prometo que está en buenas manos, porque voy a hacer lo imposible para que le condenen a ser asado en la silla. Vete a hacerle compañía a Vivian, futbolista.

Levantóse Chic Dugan, y hundió los puños en su chaqueta.

—Si hubieses disparado contra este buitre, ¿qué? Le hacías un favor. Ahora irás comprendiendo que el verdadero castigo es el de la ley. Una larga condena, días esperando el indulto de muerte… Un panorama delicioso, Cyril Morton. Ande, levántese, que da asco verle de rodillas. ¿Le duele el cuello?

Oyóse el clic de las esposas alrededor de las muñecas de Morton.

En el café «Blizz», Vivian Morton acogió en silencio la llegada de Chic Dugan. Asióse a su brazo, reclinando la cabeza contra su hombro.

—Ha sido horrible, Chic.

—Me llamo Clifford.

—Sí, Clifford —dijo ella, brillantes los ojos—. ¿No viene el inspector Brian?

—Vendrá. Ahora escuchemos la música, Vivian.

La corpulenta figura de Terry Brian llenó el espacio ante la mesa donde los dos, entornados los párpados, silenciosos, vivían los tensos y agradables momentos de una ternura naciente, compartida.

—Hola, Chic.

—Hola, inspector.

—Con permiso, Vivian. No puedo olvidar que nos llamó caballeros a Ferguson y a mí. Aquí tienes esto para firmar, Chic. Licencia para uso de armas y solicitud de ingreso en el F. B. I. en calidad de agenta secreto, agregado. Hay que explotar tu fama de «Chic Dugan, el que primero dispara y luego pregunta». Llevarás pistolas de alarma. Eres mi adjunto. Pero seguirás siendo el reyezuelo del Bronx.

Chic Dugan no leyó nada, sino que cogió la pluma que le tendía Terry Brian, y firmó donde iba apoyándose el macizo pulgar del inspector.

—El jefe de mi departamento está muy contento con nosotros dos, Chic. Bueno, me permití decirle que en Siracusa tú y yo convinimos en trabajar juntos. Tú, en plan de pistolero-terror; yo, recogiendo los hilos de la madeja. Le hizo gracia tu truco de las pistolas de alarma. ¿Cuándo es la boda, Vivian?

Ella replicó, sencillamente:

—Cuando Clifford me lo pida.

—Clifford —sonrió Terry Brian—. Pídeselo, Clifford.

Chic Dugan agachó la cabeza como si fuera a embestir. Pero, al alzarla, había humedad en sus pupilas, y sonreía…

—Tiene derecho a llamarme hijo, inspector. Ha sido usted para mí…

—De acuerdo. Seré tu padrino, Clifford. Yo me llamo Terence, ¿sabe, Vivian? Prefiero Terry. Me voy. Y séame permitido deciros que Mary sonríe alegre en su reposo eterno, porque sabe ya que nunca más Chic Dugan disparará contra la ley.

Y Terry Brian, masticando, caminó pesadamente hacia la puerta. Era un coloso que las raras veces que se emocionaba sentíase de pronto solo, ansiando una ternura que no podría ya hallar.

Pero dos años después, el inspector Terry Brian, cuando estaba a solas con una dama, cerraba la puerta, asegurábase que nadie podía oírle, y, sentando a la dama sobre sus rodillas, apoyaba sobre su pecho un ancho pulgar.

—Oiga usted, señorita Vivian Dugan: ¿quién es el hombre más guapo del mundo?

Y la hija de Chic Dugan y Vivian Morton replicaba con su media lengua, en un ceceo atropellado:

—Terry es el más guapote… después de papá.

La frase que había costado un mes de enseñanza al inspector Brian.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] «Lánguida Lágrimas». < <